

Capítulos 37 y 38 DIMISIÓN, ÚLTIMOS AÑOS, ENFERMEDAD Y MUERTE

Nota previa a los dos últimos capítulos

Esta biografía del P. Chaminade, escrita por el P. Simler, fue decisiva para poder introducir la causa de beatificación y canonización. Hasta su dimisión en 1841, la heroicidad de sus virtudes era evidente. Los problemas surgían precisamente a partir de ese momento. Paradójicamente, los dos últimos capítulos de esta biografía ejercieron una funesta influencia en el desarrollo de la causa^a.

Ya al principio de esta edición española advertí que el P. Simler se vio torturado por un terrible dilema: ¿cómo relatar estos últimos años y salvar la reputación de los dos asistentes del fundador, los padres Caillet y Chevaux? El P. Simler estaba muy preocupado porque quería salvaguardar a los dos que le habían precedido en el cargo de Superior General. Había que reconciliar dos posturas diametralmente opuestas.

A este respecto, es muy clarificador lo que cuenta el P. Etienne Bernard de su relación con el P. Simler, justamente cuando estaba redactando estos capítulos de su biografía^b. Un día el P. Simler le dijo: “No podía decidirme a condenar a la Administración General. Creo haber encontrado la verdadera solución. Sin faltar a la memoria del P. Chaminade y sin manchar el honor de sus sucesores. Creo que todo se puede explicar”. Entonces le expuso lo que iba a hacer en el libro. Algunos días después, el P. Bernard le preguntó al P. Klobb con cierta vehemencia y repulsa: “¿Y qué? ¿Nos van a presentar, al terminar la biografía, un fundador lleno de vanos escrúpulos, paralizado en su actividad y disminuido en su inteligencia?”. El P. Klobb le reconoció paladinamente: “Era un sacrificio necesario. No podíamos arrojar por la borda al P. Caillet y a sus Asistentes. Teníamos que resolver un problema delicado.” Y terminó diciéndole: “No podíamos abandonar esta explicación de los hechos; era esencial salvaguardar la autoridad de los Superiores que sucedieron al P. Chaminade en el gobierno de la Compañía”. Algunos años más tarde, al final de una de las sesiones del XIII Capítulo General, el P. Klobb le reconoció al P. E. Bernard: “Hemos seguido un camino equivocado. Hay que escribir de nuevo la última parte de la biografía del P. Chaminade. Tenemos documentos que no dejan lugar a dudas. El P. Chaminade tenía razón en sus reivindicaciones. Hay que volver a escribir la historia de sus últimos años”. El P. Simler ya había muerto aquél año y el P. Klobb tampoco pudo realizar este proyecto.

Por eso, el P. Vincent Vasey afirma taxativamente: “Los últimos capítulos de la obra del P. Simler no pueden considerarse como una exposición histórica válida”.^c

^a DA, p. 15. DA: Vincent Vasey, Dernières années du Père Chaminade (1841-1850), Curia Generalizia dei Marianisti, Roma 1969. (edición en español : “Últimos años del P.Chaminade”. SPM. Madrid. 2013)

^b “Positio super virtutibus...” AGMAR 1852.26, pp. 424-426. El P. Bernard era director del colegio Gran Lebrun de Burdeos y estaba en continua relación con Simler y Klobb, cuando escribían en el colegio, los últimos capítulos de la vida del P.Chaminade

^c DA, p. 11.

Los PP. Lebon, Subiger, Scherrer, etc. siguieron intentando proceder con la causa introducida. Hubo incluso un intento de modificar los dos últimos capítulos y reimprimir el libro y hasta se pidió un presupuesto para ello a l'Imprimerie Saint-Paul de Bar-le-Duc, el 4 de febrero de 1927^d. Pero en la causa del P. Chaminade siempre se volvía al mismo obstáculo: Había que realizar un estudio histórico de los últimos años del P. Chaminade. En resumen, la causa se había introducido mal y la única manera de salvarla era empezar de nuevo, mandándola a la sección histórica.

Para un estudioso imparcial, la documentación que había en tiempos del P. Simler y la descubierta después prueba:

- *Que nada permite afirmar que la mente del P. Chaminade estuviera debilitada en los últimos años de su vida. Al contrario, leyendo sus cartas, los finos análisis que realiza, la delicadeza de conciencia que muestra, los esfuerzos increíbles de memoria que hace para reconstruir los hechos, cuando se le niega el acceso a sus propios archivos, se llega a la conclusión que estaba en la plena posesión de sus facultades mentales, aunque se viera afligido de un deterioro progresivo corporal, con disminución de su vista y de su capacidad de movilidad. Esto lo corroboran además las sentencias arbitrales de Ravez y Dulorié, tan favorables al P. Chaminade.*
- *Que fue víctima de odiosas intrigas, cuyo instigador fue el P. Roussel. El P. Simler omite totalmente los graves escándalos de la perversa conducta del P. Roussel que fueron clave para comprender la postura que tomó el P. Chaminade.*
- *Que el P. Caillet tenía una estrechez de miras, estaba celoso de su autoridad, y no llegó a comprender la grandeza moral del fundador.*

Gracias, sobre todo, al tenaz trabajo del P. Vincent Vasey, con la "Inquisitio Historica" (Roma 1970), se pudo afirmar la heroicidad de las virtudes del P. Chaminade en los últimos años de su vida (Decreto de Pablo VI: declaración de virtudes. Chaminade Venerable 1973). Éstos fueron una desgarradora prueba, permitida por la Providencia para purificar y santificar al fundador. Ahí tenemos la verdadera clave del conflicto con sus Asistentes. La causa pudo así llegar a un feliz término, que culminó en la beatificación solemne (Juan Pablo II. Roma 2000).

Cuando se trató de la publicación de esta obra en español, se decidió dejar el texto original del P. Simler intacto, pero insertar las necesarias notas aclaratorias o suplementarias para restablecer la objetividad histórica indispensable. Es lo que intento hacer.

Eduardo Benlloch, SM

^d Ese presupuesto se encuentra pegado a uno de los ejemplares anotados de esta biografía que está en la sala de consulta de los AGMAR.

Capítulo 37: La dimisión (1841)

A medida que se acercaba la hora de la constitución definitiva de la Compañía, el fundador manifestaba una mayor confianza en el futuro de su obra. Menos que nunca eran capaces de abatirle y desanimarle las dificultades y contrariedades. Un incendio destruyó casi todos los edificios de la casa recientemente fundada en Marast y causó pérdidas considerables. El P. Chaminade hablaba de este accidente con el acento de la fe y del abandono filial. Decía¹: «Dios se digna sembrar nuestros trabajos con penas y tribulaciones: ¡bendito sea su santo Nombre! A pesar de la rabia de los demonios contra la Compañía de María, ésta no deja de hacer progresos hacia una verdadera reforma y, por tanto, no deja de consolidarse. ¡Vamos contra viento y marea, querido hijo! Miremos siempre con confianza a nuestra estrella protectora y llegaremos a buen puerto».

Pocos meses después se tocaba puerto efectivamente y aunque la era de las pruebas no estuviese cerrada, la fundación poseía en la aprobación de la santa Sede y en el texto de sus Constituciones un ancla de salvación que aseguraba su estabilidad. Todos los corazones estaban esperanzados, y el fundador decía²: «En medio de muchas fatigas y trabajos, experimento grandes consuelos: los asuntos espirituales y temporales de la Compañía de María tienden rápidamente a una mejora». Y agradecía «al Señor y a su augusta Madre que conducen invisiblemente los asuntos de la Compañía»³.

Efectivamente una bendición manifiesta del cielo planeaba sobre las obras. Las peticiones de obras eran tan numerosas que el único problema era el de elegir. Una de sus mayores penas era sentirse impotente para obrar todo el bien que parecía esperarse de él. Escribió a monseñor Jacoupy el 3 de septiembre de 1837^a: «Desde hace más de dos años hay pocas semanas en que no sienta el dolor de tener que rechazar esas obras por falta de personal». Pero luchando generosamente contra sus propios deseos, dice él mismo que «no consentía en ninguna nueva fundación sin motivos muy graves en sí mismos y en relación con la Compañía», temiendo debilitarla con una extensión demasiado rápida. Este temor tenía más fundamento mientras los noviciados no fueran regularmente reorganizados.

Pero cuando vio los noviciados de Courtefontaine y de Ebersmunter poblarse con numerosas vocaciones⁴, se mostró más dispuesto e imprimió a la Compañía, a partir de 1838, un movimiento progresivo, que al mismo tiempo se esforzó en regular y moderar. Se impuso la ley de no desparramar sus obras al azar sino extenderse poco a poco en regiones conocidas, y mantener así las comunidades siempre agrupadas, unidas unas a otras y apoyándose mutuamente en la observancia regular. En el Midi, no podía pensar en crecimientos notables mientras no se abriese de nuevo el noviciado de Saint-Laurent. Si aceptó en 1837 la interesante fundación de Clairac, fue con el fin de reemplazar a la de Agen, perdida por la defección de Mémain.

Creada después de una misión, la nueva escuela de Clairac estaba destinada a sustituir a una escuela mutua en que los niños católicos estaban mezclados con los niños protestantes, que eran numerosos en el país, y la religión no se enseñaba ni a unos ni a otros. Esta fundación tuvo que superar obstáculos antes incluso de nacer. Pero el P. Chaminade triunfó gracias a su moderación y su prudencia. Dio a sus religiosos la orden de no descartar de su escuela a los niños protestantes, explicando en estos términos al principal bienhechor de la obra, el señor de Moncroc, los principios

¹ Al P. Léon Meyer, 25 de noviembre de 1838. *Carta 1094, Lettres, t. IV, p. 413.*

² A Perrodin, 8 de agosto de 1839. *Carta 1159, Lettres, t. V, p. 58.*

³ 25 de julio de 1840. *Carta 1214, Lettres, t. V, p. 198.*

^a *Carta 989, Lettres, t. IV, p. 221.*

⁴ Entre las vocaciones de Courtefontaine conviene señalar la de un joven sacerdote, ayudante del P. Bardenet en la abadía de Acey, que desde hacía varios años solicitaba de monseñor de Chamon la autorización para entrar en la Compañía de María. Era el P. Jules-César Perrodin, que el propio fundador tomó el cuidado de formar en el espíritu de su vocación y que después, durante muchos años, dirigió las obras de la Madeleine en Burdeos. Murió el 26 de agosto de 1900, a los 94 años de edad.

que quería aplicar⁵: «Nunca fuera de las clases los niños originariamente católicos deben decir nada contra los niños protestantes, y viceversa. No deben percibir ni comprender que haya distinción. Si la escuela es llevada así, seguro que no habrá inconvenientes, y sí muchas ventajas. Evitemos todo lo que podría indicar lo que se llama espíritu de partido. Seamos católicos con firmeza y hasta el derramamiento de la última gota de sangre, pero seamos siempre modestos, moderados, es decir verdaderamente caritativos para con todos y de una amabilidad sin ninguna raíz de amargura, según la expresión de san Pablo⁶». Fue comprendido, y el director de la escuela, Jean-Baptiste Bidon, que fue en otro tiempo tonelero y se había formado poco a poco y había adquirido, gracias a su inteligencia y a su docilidad, una cultura suficiente, dio en Clairac el testimonio de tanta prudencia y virtud que su escuela tuvo un éxito completo incluso entre los protestantes, y contribuyó a reanimar la fe en un país en que estaba a punto de extinguirse⁷. En 1839, el P. Chaminade aceptó otra fundación en Castelsarrasin, a petición del antiguo alcalde de la ciudad, el diputado de Saget, hermano del primer presidente de Burdeos. No se extendió más por el Midi esperando la reconstitución, que parecía próxima, del noviciado de Burdeos.

En Alsacia y en el Franco Condado los progresos eran más sensibles y no pasó ningún año que no estuviese señalado por la apertura de una o varias casas. En la segunda de estas provincias el progreso se acentuó más. El arzobispo que había sucedido a monseñor Dubourg en la sede de Besançon era monseñor Mathieu, una de las grandes figuras del episcopado de su siglo. Desde su llegada había testimoniado a la Compañía de María una benevolencia particular y a su fundador una total confianza⁸. Animó a uno de sus canónigos, el P. Denizot, a traer la Compañía a su ciudad episcopal para dar la enseñanza secundaria si la universidad lo permitía. El internado se abrió en 1838 y no tardó en desarrollarse bajo la dirección de un hombre de fe y de energía, verdadero discípulo del fundador, el P. Fidon. Algunas otras obras menos importantes se fundaron en el Franco Condado y de aquí salió el primer enjambre que, en 1839, franqueó las fronteras de Francia.

Ya en los últimos años de la Restauración habían solicitado al fundador extender la acción de la Compañía fuera de Francia e incluso a surcar los mares. El P. Chaminade había tenido la prudencia de no aceptar las peticiones. ¿Debía oponer las mismas negativas a las nuevas y apremiantes llamadas que le venían en 1840 de Baviera y de Estados Unidos? Esta vez todavía dudó en alejar tanto a sus hijos de su cuna. Pero prestó oídos más favorables a las propuestas que recibía de Suiza. La proximidad del Franco Condado le tranquilizaba, y las vocaciones que desde el origen le había proporcionado Suiza le llevaban a no rehusar a este país un servicio para el que había adquirido derechos. Concedió una primera colonia de religiosos al cantón católico de Friburgo. No faltaron las dificultades en la creación de la escuela: fue combatida encarnizadamente por los protestantes radicales de Berna. Pero consiguió el voto favorable del Consejo de Estado, al que había sido planteada la cuestión. El P. Chaminade hizo notar, con gran consuelo, que este primer éxito de la primera casa fundada en el extranjero coincidía con la aprobación de la Compañía en Roma: «*Ibi digitus Dei est*», decía con razón⁹. Pronto se creó una segunda escuela en Lausanne, en pleno país protestante: no eran más que los primeros pasos de la Compañía en Suiza.

A estos progresos de la Compañía de María correspondían los de las Hijas de María en Córcega y de la Tercera Orden en la diócesis de Auch, de forma que apenas un año después del

⁵ 29 de noviembre de 1837. *Carta 1014, Lettres, t. IV, p. 259.*

⁶ Hebr 12,15.

⁷ Lo dice el P. Lestrade, (*AGMAR 17.4.207, pp. 6ss.*) que murió siendo párroco de Saint-Pierre-de-Mons (Gironde) y era originario de Clairac (Lot-et-Garonne). Esta escuela subsiste todavía hoy. Bidon la dirigió hasta 1841, después volvió a Burdeos junto a su Buen Padre. Murió el 24 de febrero de 1854, con la reputación de un santo.

⁸ Jacques-Marie-Adrien-Césaire Mathieu nació en París en 1796, dirigió la Congregación después de las ordenanzas de 1828 y hasta la revolución de julio. Obispo de Langres en 1832, fue trasladado al año siguiente a la sede arzobispal de Besançon y gobernó su diócesis con gran talento. Fue promovido al cardenalato en 1850. En el Concilio Vaticano estuvo entre los contrarios a la oportunidad de la declaración de la infalibilidad pontificia, pero se adhirió enseguida a la proclamación del dogma en términos formales y muy edificantes. Murió el 9 de julio de 1875. Prestó muy importantes servicios a la Compañía de María como Visitador apostólico en 1867. Cf. su *Vie*, por monseñor Besson, obispo de Nimes, 2 volúmenes, París, Bary et Retaux, 1882.

⁹ A Perrodin, 8 de agosto de 1839. *Carta 1159, Lettres, t. V, p. 58.*

decreto de alabanza, el fundador era testigo de un impulso general comunicado a su obra, presagio de un futuro tranquilizador.

En la misma fecha las fundaciones antiguas prosperaban en todas partes, a excepción de las escuelas normales que, a pesar de los reiterados esfuerzos. el P. Chaminade no había conseguido resucitar por falta de recursos. Pero esta obra no estaba definitivamente condenada porque, pocos años después, la Compañía de María y las Hijas de María iban a ser encargadas simultáneamente de escuelas normales, en Lons-le Saulnier, en Sion en el Valais, y en Ajaccio. En cuanto a las otras obras abrazadas antes de la revolución de julio, incluso las más comprometidas, como las Congregaciones de Burdeos, volvían a tomar un vigor nuevo.

En Burdeos era donde la acción del P. Chaminade y sus hijos había sufrido el retroceso más acentuado. Tras la dispersión de la Congregación y de los noviciados, tras el traslado del colegio Sainte-Marie a Layrac, la Compañía de María no estaba ya representada en la ciudad más que por el ministerio individual del P. Caillet y de algunos sacerdotes de la Madeleine. Este eclipse momentáneo fue nocivo para ella pues se había creado una corriente de opinión en la línea de la indiferencia e incluso del descrédito. La ausencia prolongada del fundador hacía olvidar sus méritos pasados y, como se ignoraba el éxito de sus fundaciones lejanas y se juzgaba su Compañía sólo por los débiles restos que estaban a la vista, se consideraba la obra como abortada. Era el sentimiento de monseñor de Cheverus y de una parte del clero.

Esa situación mejoró poco a poco. El abnegado P. Caillet en 1834 formó de nuevo la Congregación con el nombre menos peligroso de Cofradía de la Inmaculada Concepción. Los jóvenes y después las jóvenes volvieron a reunirse. Los Padres de familia les imitaron enseguida. Se restablecieron los retiros de hombres y de mujeres, y en 1834 el P. Caillet constataba que los de los hombres «superaban todas las esperanzas»¹⁰. Monseñor de Cheverus les animaba, mantenía para la Madeleine todos sus privilegios a pesar de nuevas quejas de la junta de fábrica de Sainte-Eulalie, y, aunque en sus elogios callaba el nombre de la Compañía de María, el P. Chaminade le estaba agradecido por su simpatía para con la obra, aceptando de buena gana para él y los suyos el olvido o la crítica de que eran objeto.

Cuando volvió a Burdeos en 1836, comprendió que, a pesar del despertar de la Congregación, se le seguía desaprobando y reprochando la poca repercusión que tenían sus obras. Se decía: «Vea los otros institutos religiosos que tienen menos años de existencia y que sin embargo se han extendido y están en una situación próspera. Vea entre otros a los Maristas de Lyon: están en varios departamentos y crean obras lejanas, etc.»¹¹. El P. Chaminade no respondió nada y, sabiendo que se esforzaba por traer a los Padres Maristas a la ciudad para suplir la ausencia del colegio Sainte-Marie, en un ejemplo raro de humildad, escribió espontáneamente al nuevo arzobispo, monseñor Donnet, y puso a su disposición el hotel de la calle Mirail, acompañando este ofrecimiento con estas humildes palabras¹²: «Estoy verdaderamente contento con la idea de que la Compañía de María de Lyon realice el bien que yo no he podido hacer».

Por lo demás, el nuevo arzobispo no compartía las prevenciones de su predecesor¹³. Conocía de antes al P. Chaminade y sus obras. Venía de Nancy y le habían informado de los

¹⁰ Al P. Chaminade, 10 de diciembre de 1834. *AGMAR* 27.2.7.

¹¹ Estas opiniones están sacadas de una conversación de monseñor Donnet con el P. Caillet, relatada en una carta de este último al P. Chaminade, 13 de julio de 1838. *AGMAR* 27.5.254.

¹² A monseñor Donnet, 14 de agosto de 1838. *Carta 1064, Lettres, t. IV, p. 343*. Los Padres Maristas no aceptaron más que el santuario de Verdélais.

¹³ Ferdinand-François-Auguste Donnet nació el 16 de noviembre de 1795 en Bourg-Argental (Loira), se distinguió en las misiones de la diócesis de Tours, fue llamado de nuevo a Lyon, su diócesis de origen, y nombrado párroco de Villefranche (1827). Coadjutor de monseñor de Forbin-Janson en Nancy (1835), llegó a ser arzobispo de Burdeos el 30 de noviembre de 1836. Su carrera fue una de las más llenas del episcopado de su tiempo por el gran número de obras caritativas y artísticas a las que vinculó su nombre. Fue nombrado cardenal en 1852 y murió en 1882. *Primero, monseñor Donnet se mostró favorable al P. Chaminade, como lo vemos en estos momentos; pero después, en el conflicto del fundador con sus Asistentes, tomó partido radicalmente en su contra y a favor del P. Caillet; hay que decir que monseñor Donnet nunca se dio plena cuenta del objeto de este litigio. Posteriormente, y después de la muerte del P. Chaminade, se interesó más en mejorar su información y no dudó en reconocer públicamente su error y rendir homenaje a las grandes virtudes y a la acción misionera del P. Chaminade. Cfr. Lettres, t. IV, p. 196, nota (1).*

esfuerzos hechos para intentar llevar la Compañía de María a Sion-Vaudémont¹⁴. Había admirado la sabiduría del fundador en sus negociaciones con los hermanos Baillard, sucesores de dom Fréchar, y había sabido de boca de monseñor de Forbin-Janson los méritos personales del P. Chaminade y el juicio favorable que despertaban sus obras del Franco Condado y Alsacia. Aunque fuertemente trabajado al comienzo de su episcopado por la opinión contraria al fundador, resistió, rodeó de benevolencia al P. Chaminade y los suyos, y, lejos de temer su extensión, animó al fundador a abrir de nuevo lo más pronto posible su noviciado de Saint-Laurent para propagar la Compañía por el Midi. Su deseo fue pronto satisfecho, como tendremos ocasión de ver.

Mientras esperaba, el P. Chaminade dio a la Congregación un impulso nuevo. A pesar del peso de la edad y de los trabajos, estimuló con su presencia los consejos y las reuniones organizadas de nuevo según el modelo de las de la Restauración. El éxito no se hizo esperar y, sin igualar la prosperidad del período anterior, supuso para la Congregación una renovación de la que dan testimonio sus registros y los recuerdos de este tiempo. Se restablecieron las costumbres de antes y mientras un joven sacerdote de la Compañía de María, el P. Roussel, excitaba el fervor con la creación de un *comité de celo y perseverancia*, algunos antiguos, entre los que se encontraban Antoine Faye, Téhoueyre y otros, empleaban sin reservas a su servicio toda su actividad.

Así pues, los años 1839 y 1840, tan fecundos para todas las obras del P. Chaminade, lo fueron también para la Congregación de Burdeos, madre de todas las demás. No solamente se produjo en su seno un florecimiento, sino que además aparecieron dos obras que se añadieron a la lista de las que la Congregación había contribuido a dotar a la ciudad de Burdeos. Efectivamente, como dice una Memoria oficial de 1840¹⁵, gracias sobre todo a la Congregación se implantaron en Burdeos la obra de San Francisco de Régis para la rehabilitación de los matrimonios¹⁶ y las conferencias de San Vicente de Paúl¹⁷. La primera reunión general de la obra de San Francisco de Régis fue convocada en el arzobispado el 25 de enero de 1839, y el 8 de diciembre de ese mismo año la conferencia de San Vicente de Paúl de la parroquia Saint-Paul celebró su primera fiesta.

Aunque no podemos comprobar por las listas, más incompletas todavía en este período que en los anteriores, qué fundadores de las dos obras pertenecían a la Congregación, tenemos la certeza de que las personas clave de una y otra eran congregantes. Así están Vézia, primer tesorero de las conferencias; los hermanos Roux, Laclaverie, etc.. Está sobre todo Antoine Faye, cuyo nombre está ligado a las dos fundaciones. Secretario de la primera conferencia de San Vicente de Paúl, la de la parroquia Saint-Paul, no tardó en ser presidente, y cumplió las mismas funciones en la obra de San Francisco Régis. Hasta el final de su vida, se consagró a las dos obras y se identificó, por así decirlo, con ellas, sobre todo con la segunda, de la que fue el alma durante más de treinta años.

Consolado con los éxitos exteriores con los que Dios favorecía en todas partes sus trabajos antiguos y recientes, el fundador estaba deseando de consolidar más todavía, si era posible, las bases profundas sobre las que reposaban sus dos institutos. Regularizó primero la administración general reemplazando a Mémain como jefe de trabajo por Clouzet, que ya realizaba sus funciones; dejó todavía vacante el puesto de jefe de instrucción del que se había retirado Lalanne, quizá con la idea de hacerlo de nuevo más tarde; reunió con más frecuencia a su consejo y se esforzó en darle regularidad en la medida que lo permitía el alejamiento de Clouzet; se aplicó con un nuevo ardor en mejorar el estado financiero; y finalmente dio instrucciones detalladas a los noviciados.

Todas las noticias que el fundador recibía de sus dos institutos le hacían ver que el mejor espíritu animaba a ambos y que reinaba una observancia exacta de las reglas y una concordia que

¹⁴ Véase más arriba, capítulo 32.

¹⁵ Esta Memoria, firmada por el P. Chaminade y fechada el 14 de diciembre de 1840, dice que «las obras de San Vicente de Paúl y de San Francisco Régis salen de la Madeleine y le deben sus principales miembros». Esta Memoria se escribió con motivo de nuevos ataques de la junta de fábrica de Sainte-Eulalie. El P. Chaminade se ofrecía a hacer concesiones por amor a la paz e invitaba a monseñor Donnet a aceptarlas si lo juzgaba útil: «Yo firmaré para no ver prolongarse una guerra que desola a todas las almas piadosas. Pronto se van a cumplir los cuarenta años que la junta de fábrica de Sainte-Eulalie nos hace la guerra: es tiempo de deponer las armas para no volver a tomarlas más» *Cfr. Lettres, t. V, pp.249-250 y t. VIII, pp. 913-916.*

¹⁶ Fundada en 1825 en París por Gossin, y aprobada en 1828 por la autoridad eclesiástica.

¹⁷ Fundadas en 1833 por varios jóvenes de París, de los cuales el más conocido es Ozanam.

era más querida por el fundador que todos los demás bienes. Le escribía el P. Rothéa¹⁸: «Oh, nuestro bueno y tierno Padre, ¡qué satisfacción ver que la unión reina entre todos sus hijos: *O quam bonum et quam jucundum!*». Y el P. Chaminade les animaba con acentos que recuerdan la voz del discípulo amado llamando a conservar y cimentar esa unión. Dice a los religiosos y religiosas de los dos institutos en una respuesta común a sus felicitaciones de Año Nuevo¹⁹: «Miembros de una sola familia, todos debéis amaros como hermanos y hermanas, no teniendo más que un corazón y un alma. La unión hace la fuerza. Esta verdad, comprendida por los antiguos, no tiene su plena realización más que en el seno del cristianismo, porque es en Jesucristo donde se encuentra nuestra fuerza y nuestra vida. Sí, mis queridos hijos, en Jesús y su santa Madre la unión hace la fuerza. Así pues, estad unidos a vuestro anciano padre, amadle como él os ama y esforzaos por entrar en sus miras, que son las de la gloria de María y vuestra felicidad. Creced todos en la fe y en el espíritu de vuestra divina misión. Ese es, mis queridos hijos, el deseo más ardiente de mi corazón. Por lo demás, sabéis que no vivo más que para vosotros. Para vosotros he gastado mi persona y mi vida, feliz si pudiese aseguráros con mi sangre la felicidad de los elegidos».

Había presentado a los dos institutos sus Constituciones como «el testamento de un padre a sus hijos muy queridos». Se puso la tarea de perfeccionar este legado asegurando la correcta interpretación de las reglas al mismo tiempo que el fortalecimiento del verdadero espíritu religioso. Con este fin publicó sucesivamente cuatro circulares magistrales que trataban de los votos emitidos en el Instituto, los de pobreza, castidad, obediencia, estabilidad y enseñanza de la fe y de las costumbres cristianas.

La circular relativa a la pobreza²⁰ estaba empapada de la impresión profunda producida en el fundador por la desaparición de las órdenes antiguas. Pedía encarecidamente a sus hijos que no dejaran que entrase en ellos la riqueza y el bienestar, fuente de todas las decadencias. Temía toda mitigación en este punto como un debilitamiento del sentido religioso y como un peligro para la misma existencia del Instituto. Sus dos circulares sobre la obediencia y la abnegación que exige²¹, y sobre la castidad y el combate a que obliga, no son menos enérgicas ni menos doctrinales. La interpretación del voto de estabilidad y del voto de enseñanza, propios del Instituto de María, apareció en forma de carta a los predicadores de retiros anuales²². Importaba a sus hijos más todavía que la de los otros votos, que son comunes con todas las órdenes religiosas. El anciano infundía en esta carta el soplo de un alma siempre joven, la convicción profunda de una vida totalmente dedicada al servicio de María, y sus acentos se elevaban a grandes alturas cuando describía el papel reservado al servidor de María. Destaquemos algunos fragmentos de esta notable carta:

«Sabéis muy bien, mis queridos hijos, que en el gran conjunto de familias religiosas, tenemos un aire de familia que nos distingue fundamentalmente de las demás. Describamos este carácter distintivo y precisemos lo mejor posible lo que es de la *letra* y lo que es del *espíritu*.

«Todas las épocas de la Iglesia están marcadas por los combates y los triunfos gloriosos de la augusta María. Desde que el Señor estableció la enemistad entre Ella y la serpiente, María ha vencido constantemente al mundo y al infierno. La Iglesia nos dice que todas las herejías han tenido que inclinar su frente ante la Santísima Virgen, y poco a poco Ella las ha reducido al silencio de la nada. Pues bien, la gran herejía reinante en nuestros días es la indiferencia religiosa, que va sumiendo las almas en el embotamiento que produce el egoísmo y en el marasmo de las pasiones. El pozo del abismo vomita oleadas inmensas de humo negro y pestilente que amenaza con envolver a toda la tierra en una noche tenebrosa, vacía de todo bien y llena de todo mal, impenetrable, por así decirlo, a los rayos vivificadores del sol de justicia. En el seno de la cristiandad, la antorcha divina de la fe palidece y se apaga, la virtud retrocede al hacerse cada día más escasa y los vicios se

¹⁸ 25 de diciembre de 1839. *AGMAR* 28.2.681.

¹⁹ 12 de enero de 1840. *Ligero error en el día: es la carta 1187, de 11 de enero de 1840, Lettres, t. V, pp. 136-137.*

²⁰ 20 de marzo de 1840. *Publicada en español: "Circulares del Buen Padre Chaminade", Ediciones SM, Madrid 1962, pp. 86-92.*

²¹ 12 de mayo de 1840. *Ibidem, pp. 93-107.*

²² 24 de agosto de 1839. *Publicada en español: "El espíritu que nos dio el ser", Ediciones SM, Madrid 1999, pp. 60-71.*

desatan con un furor espantoso. Se diría que ya estamos viviendo el momento predicho de una defección general y de una apostasía prácticamente universal.

«Sin embargo, esta descripción desgraciadamente fiel de nuestra época no nos desalienta. El poder de María no ha disminuido. Creemos firmemente que Ella vencerá esta herejía, como todas las demás, porque Ella es, hoy como siempre, la Mujer por excelencia, la Mujer prometida para aplastar la cabeza de la serpiente. Jesucristo, al llamarla siempre con ese gran nombre de Mujer, nos enseña que Ella es la esperanza, la alegría, la vida de la Iglesia y el terror del infierno. A Ella, pues, está reservada en nuestros días una gran victoria, a Ella corresponde la gloria de salvar la fe del naufragio de que está amenazada entre nosotros. Nosotros hemos comprendido este designio del cielo, queridos Hermanos, y nos hemos apresurado a ofrecer a María nuestros débiles servicios para trabajar a sus órdenes y combatir a su lado. Nos hemos alistado bajo su bandera, como soldados y ministros suyos, y nos hemos comprometido por un voto especial, el de estabilidad, a secundarla con todas nuestras fuerzas, hasta el final de nuestra vida, en su noble lucha contra el infierno. Hemos tomado el nombre y el estandarte de María, dispuestos a volar donde Ella nos llame, para extender su culto y, por él, el reino de Dios en las almas.

«Este es, queridos Hermanos, el carácter distintivo y el aire de familia de nuestras dos órdenes: somos de una forma especial los auxiliares y los instrumentos de la Santísima Virgen en la obra de la reforma de las costumbres, del mantenimiento y crecimiento de la fe y, por consiguiente, de la santificación del prójimo. Depositarios de las iniciativas que su caridad casi infinita sabe crear, hacemos profesión de servirla fielmente hasta el final de nuestra vida y de cumplir con prontitud cuanto Ella nos diga, felices de poder emplear en su servicio una vida y una fuerza que le son debidas. Y hasta tal punto creemos que esto es lo mejor para nosotros, que nos prohibimos formalmente, por nuestro voto, el derecho de escoger y abrazar otra regla».

Más adelante, en esta misma instrucción, el P. Chaminade hablaba del voto de enseñanza que hacían sus hijos, y lo explicaba así: «Es admirable la conducta de la divina Providencia en la fundación de las órdenes religiosas. Su espíritu, adecuado siempre a las diversas necesidades de los tiempos, se resume en las palabras del Salvador: *Mandavit unicuique de proximo suo*, Dios ha encargado a cada uno un cometido para con su prójimo. Unos han tenido como misión propia dar al mundo el espectáculo maravilloso de la renuncia absoluta y de la mortificación cristiana. Los primeros se formaron en los desiertos de la Tebaida, y desde allí, como de su cuna, se extendieron por el mundo entero, y conocéis todos los héroes de la pobreza y de la penitencia que ofrecieron a la admiración de los ángeles y de los hombres. Más tarde vinieron otras órdenes que multiplicaron en el campo del Padre de familia obreros de todo tipo, llamados a arrancar la cizaña sembrada por el enemigo y a continuar también, cada uno en distinta medida, la obra de la abnegación y de la cruz.

«De estas numerosas Congregaciones, surgidas en todos los siglos y en todos los ambientes, unas están llamadas a un fin particular y otras a otro. Pues bien, nosotros, los últimos de todos, que nos consideramos llamados por María misma a secundarla con todas nuestras fuerzas en su lucha contra la gran herejía de esta época, hemos tomado como divisa, como lo hemos señalado en nuestras Constituciones, las palabras de la santísima Virgen a los servidores de Caná: *Haced lo que él os diga*. Convencidos de que nuestra misión propia, a pesar de nuestra debilidad, es la de practicar para con el prójimo todas las obras de celo y de misericordia, empleamos todos los medios posibles para preservarlo o curarlo del mal, bajo el título general de enseñanza de las costumbres cristianas, y con este espíritu hacemos de ello el objeto de un voto especial.

«Así pues, el voto de enseñanza que hacemos, aunque coincida con el que se hace en otras órdenes, en la Compañía y en el Instituto es más amplio que en las demás. Para responder a las palabras de María: *Haced lo que el os diga*, este voto llega a todas las clases, sexos y edades, pero sobre todo a la juventud y a los pobres. Esto es lo que nos distingue realmente de todas las instituciones que emiten el mismo voto» y nos constituye en «misioneros de María».

Estas cuatro circulares fueron en cierto modo los últimos ecos de la voz del fundador. Él lo presentía cuando dirigía a sus hijos este emocionado adiós: «Acoged, queridos hijos, con sumisión filial los débiles acentos de una voz que se apaga, la voz de vuestro buen Padre. Escuchad sus lecciones como el testamento de su ternura para con vosotros».

Sin duda, él no creía que su tarea hubiese acabado. En 1839 escribía en una de sus cartas²³: «¡Si usted supiera la inmensidad de trabajos de todas clases que nuestras obras me dan! Trabajo continuamente y, sin embargo, tengo la certeza de que no habré acabado cuando me sorprenda la muerte». Y en 1840, en la última de sus cuatro grandes circulares²⁴, decía: «El tiempo corre deprisa, mis años pasan con rapidez y me queda todavía mucho que hacer por vuestra felicidad». Quería sobre todo redactar un Manual de dirección y visitar todavía una vez todas sus casas. Pero la Providencia dispuso de otro modo. Ella marcó aquí el término de la actividad exterior del fundador. Lo que «le quedaba por hacer por la felicidad de sus hijos» no era lo que él preveía, ni nada de lo que la sabiduría humana podía presentir.

Iba a cumplir ochenta años y los llevaba con alegría. En Courtefontaine, en 1835, bromeaba sobre su edad y, rechazando una manta caliente que le habían puesto en la cama, decía: «Guardemos esto para cuando seamos viejos». A uno de sus hijos, que le hablaba de un anciano tío sacerdote que él había dejado y que tenía setenta y dos años, replicaba sonriente: «¡Oh, es joven todavía!». Efectivamente, a pesar de los frecuentes ataques de un catarro obstinado, el cuerpo estaba sano, y en el mes de mayo de 1837, cuando una epidemia de gripe asoló la ciudad de Burdeos y aumentó notablemente la mortalidad, el Buen Padre fue el único de los habitantes de la Madeleine que no la sufrió.

Sin embargo, si su constitución conservaba todo su vigor, sus órganos se iban debilitando gradualmente: la vista y el oído habían bajado, la memoria se había hecho más ingrata^b, el trabajo más fatigado y lento. La carga que cada día aumentaba de los asuntos que tenía que llevar empezaba a pesar sobre sus espaldas, que seguían llevando todo el peso ellas solas.

Efectivamente, habituado desde su adolescencia a dirigir casi solo obras complejas y múltiples, sentía menos, a la tarde de su vida, la necesidad de compartir con otros su responsabilidad. Aunque lo hubiese querido, la cosa no habría sido fácil. Urgido por todas partes a aceptar fundaciones nuevas, estaba siempre necesitado de personas. El P. Caillet, el único de sus asistentes que estaba cerca de él, estaba absorbido por las obras de la Madeleine y de la Misericorde. Clouzet no aparecía por Burdeos más en raras ocasiones porque estaba muy ocupado con Saint-Remy y las casas cercanas. Así pues el P. Chaminade estaba solo para ocuparse de la administración.

Pero, si no pensaba en rodearse de ayudas, la idea de retirarse se había presentado más de una vez en su mente. Darse un sucesor, crear una administración regular que despachase los asuntos, retirarse al recogimiento de la soledad y contemplar su obra desde arriba para dirigirla con más unidad y sabiduría: ese era el sueño que acariciaba desde hacía varios años y del que había hablado a sus íntimos en 1835.

Esta comunicación había producido algún espanto: la obra parecía todavía poco asentada, y se buscaban en vano alrededor de él brazos capaces de recoger una sucesión tan pesada. Le suplicaron que aplazase la realización de sus planes a días mejores, hasta que la Compañía y el Instituto fuesen aprobados por Roma. Así se expresaba el P. Caillet en una carta del 8 de noviembre de 1835^c: «Me apena, querido Buen Padre, cada vez que me dice que quiere dimitir del generalato; yo consideraría esta dimisión presentada y aceptada como una maldición que golpearía a la Compañía de María en su cuna por decirlo así, y como un fatídico pronóstico de su ruina próxima. Efectivamente, si el fundador de un Instituto no tiene gracias de estado para comenzar, continuar la obra y guiarla hasta el fin de su vida, ¿quién las tendrá?».

El fundador se había rendido ante manifestaciones como ésta. Había comprendido que mientras la Compañía no encontrase su equilibrio definitivo, las Constituciones no fuesen acabadas y aceptadas y Roma no sancionase sus fundaciones con un acto solemne, él no podía desertar de su puesto. Los sucesos de 1837 le había mostrado lo indispensable que era su presencia.

²³ A la Superiora del Buen Pastor de Rouen, señora Anjorran, el 21 de junio de 1839. *Error en el día: entresacado de la carta 1143, de 11 de junio de 1839, Lettres, t. V, p. 24.*

²⁴ La circular sobre la castidad, 8 de junio de 1840. *Publicada en español: "Circulares del Buen Padre Chaminade", Ediciones SM, Madrid 1962, pp. 108-134.*

^b *La vista y el oído habían bajado; pero la memoria seguía siendo buena. Cfr. "Nota previa" a estos dos últimos capítulos*

^c *AGMAR 27.2.34.*

Pero en 1840 todos los obstáculos estaban allanados: las Constituciones estaban publicadas y eran observadas, Roma las había alabado y acababa de dedicar a la Compañía y al Instituto elogios muy halagadores, la paz y la concordia reinaban dentro, y fuera el progreso de las obras superaba todas las esperanzas. Pero en este momento en que todo parecía concurrir a facilitar al fundador la ejecución de su idea, se presentó un hecho imprevisto que parecía invitarle a volverse atrás.

Fue una cuestión de finanzas en apariencia de las menos importantes. Al favorecer la salida de Auguste Perrière, monseñor de Cheverus le había liberado de las obligaciones pecuniarias que hubiera podido contraer de cara a la Compañía y especialmente del pago de deudas personales anteriores a su entrada en comunidad, que la Compañía había pagado por él. El P. Chaminade tuvo que inclinarse ante la decisión de una autoridad superior y firmó un acuerdo oneroso para las finanzas ya tan endeudadas de la Compañía, y además poco conforme con los estatutos civiles. Todo hubiese terminado aquí si la situación se hubiese podido liquidarse inmediatamente. Pero las pesadas cargas en que estaba comprometido el nombre de Auguste Perrière no podían aligerarse más que progresivamente. El P. Lalanne, al trasladar a Layrac el colegio Sainte-Marie, había asumido las cargas que se referían directamente al colegio. No las había pagado todas, cuando en 1840, encontrándose en situación desesperada, tuvo que suspender los pagos. Los interesados se dirigieron a Auguste, que los remitió al P. Chaminade.

La Compañía no estaba mejor que el P. Lalanne en materia de finanzas. Esta circunstancia llevó al entorno del P. Chaminade a fijarse en el acuerdo de 1833. Cuando Caillet, Clouzot y otros conocieron los términos exactos, hicieron notar al Buen Padre que después de todo Auguste Perrière podía terminar de pagar lo que quedaba de deudas a su nombre, puesto que en 1833 se le había concedido mucho más de lo que los estatutos le otorgaban legalmente. Además este contrato era un acto personal del P. Chaminade: El consejo nunca había sido llamado a ratificarlo y su misma validez era dudosa.

Se consultó al eminente jurisconsulto Ravez, amigo del P. Chaminade desde hacía más de treinta años. Después de un examen somero del asunto, el señor Ravez concluyó que el contrato de 1833 estaba caduco y aconsejó a la Compañía que reivindicase su rectificación de Auguste Perrière. Pero añadió que se imponía como condición previa la dimisión del P. Chaminade como Superior general: habiendo firmado el contrato de 1833, no puede alzarse contra su propia firma, y la reivindicación tiene que venir de una autoridad diferente, que puede ser el consejo, que no tiene ninguna parte en el contrato, o su sucesor. Así se planteó, de la manera más inesperada, la cuestión del retiro del fundador.

Los Asistentes no veían esta eventualidad como en 1835^d. Sin deseársela, admitían la idea. Les parecía que la Compañía tenía ya una vitalidad suficiente como para no estar expuesta a peligros serios por la dimisión del P. Chaminade. Y una vez que la promulgación de las Constituciones y la aprobación romana garantizaban su futuro, pedía, según ellos, una dirección más firme, más continua y más activa. No se les ocultaba que la administración actual presentaba muchas lagunas. El gobierno, siguiendo las Constituciones, estaba fuertemente centralizado, y el centro flaqueaba a menudo porque no llegaba a todo. La conocida lentitud del Buen Padre se acentuaba cada día y creaba un obstáculo creciente a la resolución normal de los asuntos. El progreso de las obras se podía ver obstaculizado y la Compañía podía estar en una situación molesta de sufrimiento en el momento en todo favorecía su desarrollo. Esas fueron las reflexiones que determinaron a los Asistentes, una vez repuestos de su extrañeza, a examinar la cuestión más de cerca y a sondear sobre el tema al propio fundador.

La primera reacción del P. Chaminade fue de sorpresa. La idea de retirarse de los asuntos no le era extraña y pensaba en ella más que nunca, pero la propuesta realizada en esas circunstancias le desconcertaba un poco. Hubiese preferido retirarse en otras circunstancias, porque, además del inconveniente que veía en dejar la dirección de los asuntos precisamente

^d *La interpretación de las actitudes de los Asistentes no es del todo objetiva. Se han omitido las graves faltas cometidas por Roussel en Saint-Hyppolyte (cfr. IH, p. 50) y su papel de instigador contra el P. Chaminade. Tampoco se alude a sus tejemanejes en todo el asunto de la dimisión del P. Chaminade (cfr. DA, pp. 17-28). Y no se hace referencia a otras razones que ocultaron los Asistentes al P. Chaminade para hacerle dimitir (cfr. IH, p. 114)*

cuando surgían nuevas dificultades, se sentía rebajado prestándose a una combinación, que sin duda era legal, pero por lo menos tardía. Personalmente no hubiese sido partidario de volver sobre un contrato ya antiguo y hubiese preferido mantener sus compromisos.

Sin embargo, como temía que había sobrepasado sus poderes, no tuvo más que un instante de duda, y de buen grado sometió su juicio al de sus consejeros, mostrándose dispuesto a aceptar su parecer. Por lo demás, retirarse hoy o mañana poco le importaba: sentía la gran necesidad que tenía la Compañía de un Método de dirección y se consideraba dichoso de encontrar en el retiro el tiempo para trabajar en él. En cuanto a la molesta situación que le crearía quizás su litigio con Auguste Perrière, le importaba poco. Tenía el mérito de la obediencia y su humildad bastaba para colocarlo por encima de los antagonismos de amor propio que podían resultar para él de este asunto.

Completó su consejo confiriendo el título de jefe de instrucción al joven P. Roussel, que ya cumplía estas funciones desde hacía dos años. Convocó a Burdeos a Clouzet y el mismo día de su llegada, el 7 de enero de 1841, tuvo un primer consejo donde fue debatida la importante cuestión. El P. Chaminade declaró que, si se atenía sólo a lo que él mismo pensaba, no se volvería atrás en los compromisos tomados respecto a Auguste Perrière, que por lo demás veía la utilidad de su retiro y que se sometía a la decisión del consejo. Éste se pronunció por unanimidad a favor de la dimisión. ¿Obró sabiamente? ¿O más bien la sabiduría que le guió era una sabiduría corta de miras? El resultado nos llevaría a creerlo. En todo caso, sus intenciones eran sin duda puras y rectas, creía no seguir más que las luces de la conciencia y obedecer sólo a los intereses de la Compañía a la que representaba.

El P. Chaminade^e no formuló ninguna objeción a la decisión de sus hijos, y uno de ellos podía

escribir pocos días después²⁵: «El Buen Padre ha estado admirable en esta circunstancia como en muchas otras». Fijó para el día siguiente la entrega oficial de su dimisión, y efectivamente al día siguiente, el 8 de enero de 1841, tuvo lugar el consejo decisivo. «¿Mi dimisión debe ser pura y simple?», preguntó el fundador. «Pura y simple», se le respondió. Tenía que ser así para permitir a los Asistentes volver atrás de sus actos. Enseguida escribió de su puño y letra una dimisión pura y simple, la firmó y la entregó a sus consejeros con esa calma y esa serenidad que no le abandonaban.

Anunció él mismo este gran acontecimiento a sus hijos²⁶, pero sin pronunciar la palabra dimisión, porque se había acordado silenciar en la medida de lo posible el litigio con Auguste Perrière. Se quería también preparar la opinión en la Compañía y cuidar la transición. Los religiosos estaban tan habituados a tratar directamente con el Buen Padre, profesaban por él tan gran veneración, que no le hubiera sido posible borrarse de golpe. Aseguró a sus hijos que, aunque descargaba totalmente en sus Asistentes el cuidado de dirigir la Compañía, seguía dispuesto a prodigarles los consejos de su larga experiencia. Recordaba el pasaje de la sagrada Escritura en que se dice que los apóstoles se crearon colaboradores para descargar sobre ellos los trabajos ordinarios del ministerio, y dedicarse ellos con más libertad a la oración. Con los obispos no necesitaba estas precauciones y les informó sin rodeos de su dimisión.

Después del consejo del 8 de enero, no hubo preocupación por arreglar el futuro. Se pensaba que había que acabar con el asunto que había dado la ocasión. El *statu quo* no era

^e Este párrafo simplifica enormemente y tergiversa lo ocurrido.omite totalmente la diferencia entre:

- Dimisión canónica, según el artículo 482 de las Constituciones, realizada oralmente por el P. Chaminade el 7 de enero de 1841, con la reserva expresa de nombrar a su sucesor
- Dimisión civil, según los estatutos civiles (que no podía contener la reserva de nombrar a su sucesor, porque no figuraba en los estatutos) escrita y firmada por el P. Chaminade, el día 8 de enero de 1841, por necesidad exclusiva del proceso con Auguste Perrière.

Además no alude para nada a todo el asunto de las actas de estas sesiones, que es clave para comprender el conflicto posterior del p. Chaminade con sus Asistentes. Cfr. IH, pp. 113-140; DA, pp. 17-28; Lettres, t. V, pp. 256-259.

²⁵ Clouzet a Chevaux, 21 de enero de 1841. En AGMAR 7.1.194 hay una carta de Clouzet a Chevaux en esa fecha, donde se habla de la dimisión del P. Chaminade; pero la frase citada por el P. Simler no se encuentra en ella.

²⁶ Circular del 9 de enero de 1841. Error en el día; carta 1240, de 7 de enero de 1841, Lettres, t. V, pp. 260-266.

insatisfactorio para los Asistentes: por una parte, les dejaba la suficiente iniciativa para asegurar el buen funcionamiento de los mecanismos administrativos, y, por otra, salvaguardaba el respeto debido al fundador y les garantizaba su apoyo en los casos difíciles. De ese modo todas las exigencias estaban satisfechas.

Quizás las Constituciones se acomodaban menos bien a esta situación, porque prescribían, en caso de dimisión pura y simple, convocar «cuanto antes» el Capítulo general para la elección del nuevo Superior. Es verdad que añadían que esa convocatoria se debía hacer «en cuanto las circunstancias lo permitiesen», y se pensaba que las circunstancias no lo permitían antes del final de las dificultades pendientes. Nadie sospechaba que esas dificultades podrían prolongarse y los más pesimistas no se hubieran atrevido a admitir que iban a durar tres años enteros.

Capítulo 38: Los últimos años, la enfermedad y la muerte (1841-1850)

Cuando el P. Chaminade se retiró voluntariamente^a de la dirección de la Compañía estaba en los ochenta años. Su vida había sido plena como vida humana. Atento y dócil a los impulsos de lo alto, había puesto la mano en todos los planes providenciales de los que él debía ser el instrumento, y sus trabajos habían sido aceptados, a juzgar por las contradicciones que los habían acompañado, así como por sus éxitos y por la aprobación oficial de la autoridad suprema. Tenía derecho a un legítimo descanso.

Sin embargo, incluso a su edad, incluso después de tantas fatigas, no era el descanso lo que ambicionaba. No lo esperaba en esta tierra y, si Dios prolongaba su vida, estaba dispuesto a consagrarla hasta el último soplo no sólo a su propia santificación, sino también a la felicidad de sus hijos. Les decía²⁷: «Llevaré con sumisión, e incluso con gusto, mi exilio sobre la tierra si puedo ser útil todavía». Y efectivamente los nueve años que le separan del término de su existencia serán años fecundos, los tres primeros por la prolongación de una actividad infatigable, los seis últimos por un martirio moral^b más meritorio y más eficaz que toda agitación humana.

Al día siguiente de su dimisión, el fundador, desde la sombra de su retiro^c, podía asistir a los progresos realizados en sus obras y cooperar en la medida en que le permitían sus fuerzas y su nueva situación. Con su modestia y su sencillez habituales, puso un cuidado escrupuloso en borrarse completamente ante sus Asistentes y en dejarles efectivamente el ejercicio y la responsabilidad del poder. Sin embargo, comprendiendo que su cooperación era más que un servicio prestado a sus Asistentes, una necesidad en relación a la Compañía tan poco acostumbrada a estar sin él, les secundó con todo el interés que le dictaba su amor paternal y les invitó a disponer de él como quisieran. Oficialmente desaparecía de todo, pero en realidad no se hacía nada sin él: asistía a los principales consejos, mantenía correspondencia como en el pasado con los miembros más influyentes de la Compañía, y sus Asistentes le encargaban ordinariamente de las negociaciones delicadas. Él se prestaba a todo, contento de la oscuridad a la que se había relegado así como del bien que continuaba operando.

Sus fuerzas se sostenían e incluso, según Clouzet²⁸, «iba mejor que en 1834 y estaba por lo menos tan ligero». Este estado satisfactorio de su salud le inspiró la idea de emprender, ese mismo

^a *Afirmación un tanto exagerada, que sería necesario matizar mucho más. Los Asistentes prácticamente provocaron la dimisión. Conviene leer el estudio tan documentado sobre la dimisión que realiza IH, pp. 109-142.*

²⁷ A la comunidad de Courtefontaine, 23 de enero de 1838. *Carta 1024, Lettres, t. IV, p. 272.*

^b *El P. Simler está preparando su presentación de un P. Chaminade torturado por ideas obsesivas y escrúpulos, debidos a su debilitamiento senil, intentando salvar así al fundador y a sus Asistentes.*

^c *Tampoco estuvo en la sombra de un retiro; basta seguir leyendo las páginas sucesivas para ver cómo se contradice. El P. Chaminade siguió actuando en el interior de la S. M. y con las autoridades de fuera prácticamente como Superior General.*

²⁸ A Chevaux, 5 de junio de 1841. *AGMAR 7.1.216.*

año, una nueva visita general de la Compañía, del Instituto y de la Tercera Orden, con el fin de promover en todas partes el fervor y tener, antes de morir, el consuelo de ver a sus hijos e hijas cada vez más fieles al espíritu de su santa vocación. Pensaba detenerse mucho tiempo en Saint-Remy, quizá incluso fijar allí su residencia.

Estos planes no se realizaron ni en 1841 ni en 1842: por motivos diversos sólo pudo hacer su gira habitual a lo que él llamaba el «país alto». Su presencia era allí necesaria por el desarrollo rápido de la Tercera Orden, y, a propósito de estas últimas apariciones en Auch, recuerdos contemporáneos nos lo presentan en sotanilla de viaje, llevando ágilmente sus ochenta años, abrumado de asuntos como en los mejores tiempos de su vida activa, inspirando a todos un sentimiento de veneración no sólo por su porte majestuoso, sino también por la belleza de su rostro en el que la edad y la virtud habían puesto una impronta de serena dignidad y atractiva bondad.

Estas iban a ser sus últimas ausencias de Burdeos²⁹. Sin embargo, no renunciaba a su proyecto primitivo y, a finales de 1843, escribía todavía en estos términos al P. Léon Meyer, superior de la casa de Ebersmunster: «Estoy en disposición de hacer una visita general a todas las casas de la Compañía; quizá abarque también algunas de las principales casas del Instituto y de la tercera Orden de las Hijas de María. Lo habría hecho el año pasado si no hubiera sido por algunos asuntos que me parecían necesitar mi presencia en Burdeos, y tengo motivos para creer que este retraso estaba en los planes de Dios. La Compañía parece echar raíces cada vez más profundas, a pesar de las sacudidas que experimenta. Navegamos en un mar borrascoso, pero evitaremos todos los escollos si tenemos siempre la vista puesta en la estrella que nos dirige: *Respice stellam, voca Mariam*».

Entre los asuntos que le retenían junto a su consejo, los más importantes eran las nuevas fundaciones. Éstas se multiplicaban de día en día. Al final del año 1841, el arriendo de Saint-Laurent acababa de expirar y enseguida se reconstituyó el noviciado, como lo pedía expresamente el arzobispo, monseñor Donnet. Fue la señal de toda una serie de fundaciones en el Midi, de las que la más importante, la de Réalmont en la diócesis de Albi, fue negociada directamente por el P. Chaminade.

Desde hacía varios años se había pedido introducir la Compañía de María en esta diócesis. El vicario general de monseñor de Gualy era el antiguo rector de Besançon, el P. Calmels, que tanto había apoyado las escuelas normales de Saint-Remy y Courtefontaine. Pidió al P. Chaminade, en 1837, que abriese una parecida en la diócesis de Albi, a pesar de la existencia de la escuela oficial del gobierno. El P. Chaminade no pudo responder a esta invitación, y entonces monseñor de Gualy se dirigió a los Hermanos del P. La Mennais y consiguió un grupo de estos religiosos para la casa que había ofrecido al P. Chaminade en Réalmont. Pero este Instituto religioso estaba autorizado por el gobierno sólo para los departamentos de la antigua Bretaña, por lo que los religiosos tuvieron que retirarse. Entonces su Superior, Deshayes, por una parte, y el nuevo arzobispo de Albi, monseñor de Jerphanion³⁰, por otra, pidieron al P. Chaminade que se encargase de la obra de Réalmont. Cuando era todavía obispo de Saint-Dié, monseñor de Jerphanion se había mostrado admirador sincero del fundador y de sus obras y había llamado a la Compañía de María a su diócesis³¹.

No se pudo sustraer a estas peticiones apremiantes y, a finales del año 1843, se tomó posesión de la casa de Réalmont donde había un gran número de jóvenes deseosos de abrazar la vida religiosa. Había una casa de formación ya montada que, casi inmediatamente, proporcionó algunos novicios a Santa Ana^d. El P. Chaminade hubiera querido crear la escuela normal proyectada: apreciaba tanto esta clase de obras que por esta misma fecha trataba con monseñor Donnet de la creación de una escuela normal en la misma ciudad de Burdeos. Los acontecimientos

²⁹ Su último viaje se sitúa en el mes de mayo de 1842. *La cita de este párrafo es de la carta 1281, Lettres, t. V, p. 370. Basta leer esta carta para confirmar que el P. Chaminade no estaba en la sombra ni en su retiro.*

³⁰ Jean-Joseph-Marie-Eugène de Jerphanion nació en Puy el 8 de marzo de 1796 y recibió tarde de las órdenes sagradas. Fue nombrado obispo de Saint-Dié en 1835 y arzobispo de Albi en 1843. Tenía todas las cualidades de un prelado del siglo XVIII sin sus defectos. Su dignidad, su piedad y su amabilidad dejaron un profundo recuerdo en su diócesis. Murió el 20 de noviembre de 1864.

³¹ Su vicario de Albi, P. Vergne, escribía de él al P. Chevaux el 8 de enero de 1845: «Yo creo que nadie venera más que él al P. Chaminade, que tiene el mérito y la gloria de haber dado a la sociedad presente el tipo de obreros que le son más necesarios». *AGMAR 7.4.453.*

^d *El P. Simler menciona a Santa Ana, antes de haber hablado de su fundación, cosa que hará después.*

no le permitieron realizar su plan más que en parte, consiguiendo para la escuela de Réalmont el título de escuela de prácticas. Esta fundación prosperó mucho y llegó a ser para la Compañía de María un vivero y un centro de desarrollo en estas regiones.

El P. Chaminade se interesaba también por las fundaciones que se multiplicaban en Alsacia, Franco Condado y Suiza. Incluso mantenía correspondencia principalmente con el Norte. Pero sus cartas estaban cada vez más exentas de las preocupaciones de los quehaceres y tendían a ser sobre todo direcciones espirituales llenas de unción y de piedad. Dejaba a su pluma ir libremente según las inspiraciones de su corazón y multiplicaba las exhortaciones a una vida verdadera y profundamente religiosa, a la unión cada vez más completa con Nuestro Señor, a una confianza absoluta en María. Era como un eco del trabajo de santificación que se realizaba en su propia alma.

Esta preocupación por desarrollar en sus hijos el verdadero espíritu de su estado le llevó a prestar una atención especial a las diversas casas de formación. Apenas un mes después de dimisión inspiró, sin firmarla, una circular destinada a las tres casas centrales de Saint-Remy, Courtefontaine y Ebersmunster para regular la admisión de los postulantes. Les daba reglas muy sabias, las mismas que, pocos años después, el decreto *Romani Pontifices* iba a indicar a la atención de todas las Congregaciones religiosas.

Cuando, al final de ese mismo año 1841, abrió de nuevo el noviciado de Saint-Laurent, lo rodeó de toda clase de cuidados. Puso allí a religiosos que pudiesen servir de modelos a los novicios: Pierre-Joseph Michaud, de primeras austero, pero de un corazón de oro, cuya capacidad no perjudicaba en nada a la modestia y al arte de hacerse amar; Jean-Baptiste Bidon, de quien dice un novicio de este tiempo³²: «hombre de una humildad profunda, de humor siempre igual, pronto a la obediencia a pesar de sus sesenta y cinco años³³, cuya vida era una oración continua, porque se decía de él que no interrumpía nunca su coloquio con Dios»; Bernard Laugeay, el primer director de Agen, que pasaba noches enteras ante el santísimo Sacramento.

Pero lo mejor de todo era que los novicios tenían al propio P. Chaminade. El primer superior de la casa, el P. Chauvin, murió al cabo de unas pocas semanas, y el P. Roussel, que ocupó su puesto, no tenía tiempo para cumplir sus obligaciones^e. Entonces el P. Chaminade se ofreció a hacer de maestro de novicios con sus hijos. No disimuló la alegría que experimentaba consagrando a su joven rebaño las últimas energías de su alma y preparando todavía al final de su carrera apóstoles de la Virgen María. Al principio estaba con ellos sólo el domingo y aparecía a veces durante la semana. Se sentía cada vez mejor en esta mansión de paz y edificación, y dividió su tiempo entre Saint-Laurent y Burdeos, dando a Saint-Laurent la mejor parte. Al final, no iba a la Madeleine más que el miércoles y jueves para asistir al consejo.

Dos veces por semana reunía a los novicios alrededor de él en su pequeña habitación y hablaba con ellos de cosas de piedad. Sus conferencias dejaban en estas almas jóvenes huellas imborrables. Su punto de partida era siempre la fe o la devoción a María y siempre *se redondeaban*, según su expresión, en torno al *Credo* o al *Magnificat*, como en torno a un centro de donde emanaban todos los rayos de su enseñanza. Repetía a menudo las mismas ideas, pero la convicción de su acento y la piedad de sus aspiraciones producían una impresión profunda, inolvidable. aumentada por el espectáculo de la mortificación que se desprendía de toda su compostura. Nos dice otro novicio³⁴: «Durante las conferencias, con las manos sobre la mesa, los ojos fijos en un crucifijo que había pertenecido a su hermano Recoleta, los pies inmóviles parecía una estatua. Si había moscas que reposaban en su cabeza o en su rostro, no hacía ningún esfuerzo por ahuyentarlas y se dejaba picar y arañar el rostro».

También fuera de estas reuniones, su rostro inspiraba una veneración profunda, como lo atestigua otro de los novicios de este tiempo³⁵: «En su físico tenía un aspecto imponente; era de

³² Lestrade. Notas manuscritas. *AGMAR 17.4.310*.

³³ Cuando los primeros religiosos salieron para América en 1849, un Superior preguntó en broma a Bidon si estaba dispuesto a acompañarles. El anciano, creyendo recibir una orden, se puso enseguida a hacer los preparativos para la marcha, sin formular ninguna objeción.

^e *Ésa no fue la verdadera razón de que dejara el noviciado. El P. Chaminade no quería dejar el noviciado en manos de Roussel.*

³⁴ Eugène Canette. Notas manuscritas. *AGMAR 17.4.205*.

³⁵ Lestrade. *AGMAR 17.4.208*.

talla alta; largos cabellos blancos enmarcaban su hermoso rostro; tenía el andar grave y el aire muy afable; era uno de los ancianos más majestuosos que yo he visto». Su bondad le ganaba todos los corazones, y a pesar del ascendiente de la edad y de la virtud, a pesar de la lentitud de sus movimientos, no alejaba a estas naturalezas ardientes, que, al contrario, se sentían atraídas hacia él con un irresistible atractivo. Aprovechaba para formarles dulcemente en las más altas virtudes, enseñándoles con preferencia las abnegación y la mortificación, como si hubiese hecho de ellas la última palabra de la perfección religiosa³⁶.

Seguía la vida común, aunque comía separadamente, a causa de su lentitud, pero de la cocina común que era más que frugal. Llevaba vestidos pobres y gastados. Tenía una celda «muy pobre, pero muy limpia³⁷; una pequeña cama, algunas sillas de paja, un viejo sillón, un escritorio que había sufrido muchas tormentas. dos o tres imágenes de piedad y un crucifijo con la benditera»: ese era el inventario completo de su mobiliario.

Esta pobreza no era la excepción en Saint-Laurent, y en este punto el noviciado de 1841 reproducía fielmente el de 1821. La buena voluntad era la misma y, cosa notable, encontramos en la pluma de los novicios del segundo período las mismas ideas, casi las mismas expresiones que en los novicios de los primeros años. Dice uno de ellos³⁸: «Carecíamos de muchas cosas, pero , viejos y jóvenes, éramos ricos en humor alegre y en buena voluntad». Y resumía así sus impresiones de entonces: «Finalmente la vida transcurría en Saint-Laurent apacible y santamente, ninguno ponía mala cara a la regla y nadie llegaba tarde por la mañana a la capilla ni a ninguno de los ejercicios del día; se comulgaba a menudo... y, aunque las faltas eran poco numerosas, la culpa del viernes estaba más cargada que el capítulo mensual, ¡con tanto cuidado se observaba cada uno a sí mismo!, de modo que la preocupación de los superiores era dirigirnos con una bondad indulgente, por miedo a que el escrúpulo se apoderase de nuestra conciencia». Así era Saint-Laurent formado de manos del Buen Padre: hacía revivir las dulces emociones de los primeros días de la Compañía de María.

En 1843 este pequeño paraíso terrestre fue trasplantado a una propiedad mejor provista de lo necesario. Estaba situada más cerca de Burdeos, en el camino de Saint-Genès, y se llamaba Santa Ana, por una capilla de ese nombre que se encontraba allí antiguamente. Unas alamedas de tilos y arbustos hacían la estancia muy agradable, y los edificios parecían lujosos en comparación con la pobre casa de Saint-Laurent que se dejaba. Se reservó al fundador una de las mejores habitaciones de la planta baja. Puso dificultad para ocuparla, no encontrándola pobre a su gusto, y al final la aceptó cuando se le mostró que las otras tenían su destino.

Se improvisó una capilla, que fue adornada por un religioso dotado de talento para la pintura. El P. Chaminade obtuvo del cardenal Lambruschini una reliquia de san Urbano. Se preparó bajo el altar un relicario digno y los primeros días de septiembre de 1843, probablemente el día del santo Nombre de María, fiesta patronal de la Compañía, se hizo el traslado de la reliquia con gran solemnidad. La presidió el propio arzobispo, monseñor Donnet, asistido por dos prelados totalmente adictos al P. Chaminade que se encontraban de paso en Burdeos: monseñor Gignoux, obispo de Beauvais, y monseñor de Forbin-Janson, obispo de Nancy³⁹. El primero era uno de sus discípulos más queridos. El segundo era su amigo desde hacía tiempo; se esforzó por traer la

³⁶ Notas de Canette. *AGMAR 17.4.205*. Iniciaba también a los novicios en el ejercicio de apostolado, enviándoles a enseñar el catecismo al hospital.

³⁷ Compartía a este respecto el sentimiento de san Bernardo, que decía: «Lo que yo amo es la pobreza, no la suciedad».

³⁸ Lestrade. *AGMAR.4.310, p. 34 y pp. 36-37*.

³⁹ Charles de Forbin-Janson (1785-1844), uno de los auxiliares más entusiastas del P. Rauzan, rehusó la coadjutoría de Burdeos que le ofreció monseñor d'Aviau y fue elevado, a su pesar, a la sede de Nancy en 1823. Su actividad en favor de las misiones y su adhesión a la Restauración le expusieron a la malevolencia de los vencedores de julio. No se le permitió volver a su diócesis después de 1830. Fue suplido sucesivamente por dos coadjutores, monseñor Donnet que, en 1835, fue elevado a la sede de Burdeos, y monseñor Menjaud. Monseñor de Forbin-Janson aprovechó su tiempo libre para continuar sus giras de misión por Europa y América y para crear la hermosa obra de la Santa Infancia, de la que fue el verdadero fundador. Cf. su *Vie*, por Philpin de Rivière. Poitiers, Oudin.

Compañía a su diócesis y, fatigado de sus largas correrías apostólicas, habló incluso de retirarse en su seno⁴⁰. Pero al año siguiente acabaría su fecunda carrera.

Esta fiesta una de las últimas a las que el P. Chaminade pudo asistir con la serenidad de una satisfacción sin reservas. Algunos meses después, un velo de dolor se extendía sobre él y sobre sus hijos para envolverlos hasta su muerte. A uno de ellos había escrito⁴¹: «Comprenda que está en el orden de la Providencia que el fundador y los cofundadores de las grandes obras de Dios tengan mucho que sufrir y que sus sudores, sus piadosos gemidos ante Dios, son como el rocío que hace germinar las semillas que echan: *euntes ibant et flebant*».

Ya había comprobado a menudo durante su larga carrera esta ley de la Providencia. A la tarde de su fecunda vida, iba a reproducir esta dolorosa experiencia y, en seis años de indecibles sufrimientos, sellar la misión a la que Dios le había llamado y perfeccionar al mismo tiempo su propia santificación.

Varios servidores de Dios cuya vida se prolongó más allá del término de su actividad conocieron estas penas y estas humillaciones supremas: san Juan de la Cruz, san José de Calasanz, san Alfonso M^a de Ligorio son ejemplos llamativos. Entre los contemporáneos del P. Chaminade, dos de aquellos con los que su vida apostólica tuvo más conexión y semejanza, fueron sometidos por Dios en el ocaso de su existencia a una prueba del mismo tipo. El P. Delpuits, el fundador de la Congregación de París, vio sus últimos días ensombrecidos no sólo con la supresión de su Congregación por orden de Napoleón, sino también con una disminución de sus facultades. Dice uno de sus biógrafos⁴²: «Su cabeza se debilitó, y se deterioró sucesivamente».

El P. Rauzan, con el que tan íntimamente estaba ligado el P. Chaminade, sufría en este momento la misma suerte. Su biógrafo⁴³ se expresa así. Después de citar el texto de la Vulgata: «Los días del hombre se extienden hasta setenta años y ochenta en los más robustos; más allá no hay más que pena y dolor»⁴⁴, continúa: «Dios permite a menudo en sus servidores que deja mucho tiempo en la tierra que la llama inmortal de la fe siga brillando con todo su resplandor, mientras que la llama de la inteligencia se debilita a medida que los órganos se fatigan y el cuerpo se desploma. Es lo que sucedió al P. Rauzan. En los últimos años de su vida, se hizo menos apto para llevar los asuntos y, como ocurre de ordinario en estas circunstancias, a medida que menos podía tratarlos, más desconfiado se volvía respecto de sus consejeros y más celoso de su autoridad»^f. Estas líneas se aplican en parte al P. Chaminade, y no es una de las menores singularidades del paralelismo llamativo que el azar de las circunstancias ha establecido entre estas dos existencias tan semejantes⁴⁵.

Efectivamente, el P. Chaminade llegaba a ese momento en que, como el P. Rauzan, empezaba a sobrevivir a sí mismo. Lento por naturaleza, lo era todavía más por la edad. Ya en 1825 sus hijos sufrían por la larga duración de las reuniones, cuando su impaciencia deseaba soluciones rápidas y decisivas. En 1843, esta lentitud sobrepasaba los límites: tardaba una hora entera en celebrar el santo Sacrificio. Su vista se debilitaba gradualmente y sus cartas reflejan la dificultad que tenía para dirigir su pluma. Pronto no podrá más que firmar. Su oído se hacía también más duro.

Finalmente, y este era el síntoma más inquietante, se veía presa de preocupaciones de conciencia, de escrúpulos que le agitaban fuertemente y le hacían ver obligaciones acuciantes

⁴⁰ Carta del P. Léon Meyer al P. Chaminade, 30 de mayo de 1838. *AGMAR* 27.5.225.

⁴¹ Al P. Léon Meyer, 2 de noviembre de 1840. *Carta 1225, Lettres, t. V, p. 220*.

⁴² *Ami de la religion*, t. V, p. 192. Murió el 15 de diciembre de 1811, a los 77 años de edad.

⁴³ El P. Delaporte, edición de 1892, p. 328.

⁴⁴ Salmo 89. El texto hebreo correspondiente no tiene ese sentido.

^f *Con estas referencias el P. Simler está preparando su clave forzada y falsa de interpretación de los sucesos de los últimos años del P. Chaminade. Esa crisis interna de preocupaciones y deterioro senil, calificada de enfermedad, no existió. Es una pura clave interpretativa. Cfr. mi nota previa a los dos últimos capítulos.*

⁴⁵ Consagrados los dos a la vida apostólica, aunque por vías diferentes, los dos terminaron fundando una Orden de hombres y una Orden de mujeres, así como una casa para las chicas arrependidas. Las órdenes fundadas por el P. Rauzan son las de los Sacerdotes de la Misericordia y las Damas de Santa Clotilde. Su casa de chicas arrependidas es el Buen Pastor de la calle d'Enfer. Murió el 5 de septiembre de 1847, poco más o menos a la misma edad que el P. Chaminade.

donde sólo había deberes ligeros, a menudo incluso dudosos. Estos síntomas se remontaban a varios años, pero nadie les daba importancia: eran débiles y pasajeros y se desvanecían de ordinario en una oración ante el santísimo Sacramento.

Esta enfermedad^g, que era efecto de la edad, debía naturalmente agravarse cada vez más, y es lo que sucedió. A partir de 1844, se impuso tan fuertemente al venerable anciano que ya no le dejó más que en raros intervalos de descanso. Fue para él la causa de angustias morales continuas, mil veces más dolorosas que los sufrimientos físicos. Y mientras él subió así lentamente la cuesta del Calvario, cuya cumbre conseguiría sólo al cabo de largos años, arrastró con él a la Compañía entera y sobre todo a sus Asistentes, testigos y víctimas de sus inquietudes^h.

Ninguna prueba más temible podía ser reservada al padre y a los hijos. Nunca tampoco la fe del fundador apareció tan viva y tan inquebrantable. Teniendo contra él las decisiones de los hombres que le rodeaban, trabado de mil maneras, acuciado, suplicado para que cediese, no teniendo nada que ganar y pudiendo perder todo si seguía resistiéndose, resistió, y resistió hasta el final porque estaba persuadido de que su conciencia le exigía eso. Se manifestaba dispuesto a todo, «dispuesto a subir al cadalso», según su expresión sacada del recuerdo del Terror, con tal de satisfacer «a los gritos de su conciencia». Poco importa que su conciencia estuviese falseada por el debilitamiento de los órganos, poco importa que se hubiese forjado obligaciones quiméricas. Se creía obligado a escuchar su voz, y su docilidad a ella, por encima de todo y a costa de todos los sacrificios, era heroica y coronaba dignamente una vida de fe y fidelidad a las menores prescripciones de la ley de Dios. Cuando le fallaba todo recurso humano, buscaba la fuerza y la resignación donde la había encontrado toda su vida, al pie del crucifijo. Decía después de lanzar un grito de dolor⁴⁶: «Es verdad que teniendo a la vista y poniéndome al pie del crucifijo, encuentro mucha fuerza y en esta fuerza un poco de consuelo». Esto duró seis años, y no exageramos llamando a esta agonía un martirio del alma, más doloroso que muchos martirios del cuerpo.

Esta enfermedad del P. Chaminade, porque era una verdadera enfermedad, empezó al día siguiente de la decisión arbitral de Ravez en el asunto de Auguste Perrière, causa determinante de la dimisión del fundador. El señor Ravez, escogido como árbitro por las dos partes, volviéndose atrás, después de un maduro examen, de su primera opinión, dio la razón a Augusteⁱ. Y, efectivamente, desde el punto de vista puramente jurídico en el que él se situaba, no podía decidir de otro modo. Los Asistentes vieron que se habían equivocado lanzándose en este asunto. Por lo demás, no tenía más consecuencia que dejar a cargo de la Compañía lo que habría debido pagar si el debate no hubiera tenido lugar.

Pero entonces apareció en el P. Chaminade una inquietud semejante a ciertas preocupaciones de los años anteriores de las que encontramos huellas en su correspondencia, pero que habían durado poco. Esta vez la duda era sobre su dimisión. El error cometido por sus Asistentes le parecía manifiesto. Él se acordaba de la vacilación que había tenido para seguirles por esta vía, y acabó preguntándose si había hecho bien en dimitir. Poco a poco esta duda se ancló en su espíritu y se convirtió en una certeza para él: no debió, no pudo dimitir, abandonando así a los hijos que le habían sido confiados por la Providencia. Su conciencia le decía que no debía entregarlos a otras manos o no entregarlos más que en el momento oportuno. Debía volver a tomar al menos momentáneamente el gobierno de su Compañía y seguir ejerciendo sus deberes y sus derechos imprescriptibles de fundador.

Esta idea invadió su espíritu hasta el punto que ya no fue susceptible de una discusión seria. Sin embargo los Asistentes, creyendo llegado el momento de regularizar la situación de la

^g *La falsa teoría de una enfermedad psicológica se remonta a los mismos Asistentes para poder oponerse con todas sus fuerzas al P. Chaminade.*

^h *¡Todo lo contrario! El P. Chaminade fue testigo y víctima de las maquinaciones e intrigas de sus Asistentes. Se ve clara la intención del P. Simler de salvar a los Asistentes.*

⁴⁶ Al P. Caillet, 13 de junio de 1845. *Carta 1375, Lettres, t. VI, p. 354. Esta cita está sacada de su contexto. Convendría leer esta carta entera, para darse cuenta de la clarividencia del fundador y de las preocupaciones muy serias y bien reales que tenía.*

ⁱ *La sentencia arbitral de Ravez rehabilitó completamente al P. Chaminade y condenó a los Asistentes, que quedaron aterrados. Cfr. IH, pp. 143-144; también p. 396. Esto no lo cuenta el P. Simler. Por lo tanto, todo lo que dice sobre la inquietud y la idea que invadió el espíritu del P. Chaminade es inexacto.*

Administración general, sin conocer exactamente los pensamientos del fundador, le propusieron convocar un Capítulo general. Él se negó^j. Sus Asistentes se vieron en una cruel perplejidad. Su amor filial les llevaba a ceder a los deseos de su Buen Padre y devolverle toda la autoridad de antes. Pero ni el arbitraje que había tenido lugar por la cuestión financiera, y que suponía una dimisión completa del fundador, ni el estado de sus sentidos, de su vista y de su oído, ni su lentitud ni finalmente la obsesión de que era víctima su espíritu, se lo permitía, porque ellos eran los responsables de la Compañía cuya dirección les había sido confiada. En vano propusieron toda clase de combinaciones para satisfacer al Buen Padre, salvaguardando siempre la responsabilidad de ellos. La verdadera razón de las reivindicaciones del fundador se les escapaba, o más bien, si se daban cuenta de ella⁴⁷, alejaban la idea como injuriosa para un venerable anciano cuya sabiduría y juicio, junto con su santidad, estaban acostumbrados a respetar profundamente. Todos sus intentos fracasaron y pidieron a monseñor Donnet una dirección en esta penosa coyuntura.

El arzobispo se puso en relación con sus colegas de Besançon y de Albi, de quienes conocía su afecto hacia la Compañía de María. Los tres acordaron llevar el asunto a Roma. Cuando hablase la autoridad suprema, el P. Chaminade no pondría dificultad para aceptar la solución, cualquiera que fuese, y los religiosos se tranquilizarían (octubre 1844).

En efecto, algunos religiosos estaban al corriente del conflicto. El mismo Buen Padre, que creía obrar por orden de su conciencia, no hacía ningún misterio del desacuerdo que existía entre él y sus Asistentes. De ahí una agitación, un malestar que, por poco que se prolongase, podía ser un germen de división y de muerte. Pero Roma tiene su ritmo lento y pasaron ocho largos meses antes de que se pronunciase. Ocho meses de terribles angustias para todos los que tenían interés por la obra, para los obispos y sobre todo para los Asistentes que, colocados entre el afecto que profesaban a su Padre y los deberes de su cargo, no sabían cómo unirlos. La prueba llegó a ser tan penosa^k que quisieron presentar su dimisión en manos de los obispos. Pero el remedio era peor que la enfermedad, y los obispos la rechazaron. Se vieron obligados a apurar hasta las heces este cáliz de amargura. Decía más tarde el P. Caillet: «Yo experimentaba por la persona de nuestro Buen Padre tal afecto que, recorriendo en mi mente todas las penas a las que yo podría ser sometido, no veía ninguno más cruel que la de encontrarme en desacuerdo con él». Era ésta la prueba que le estaba reservada y en toda su intensidad, porque todo lo que él sufría lo sufría por el cuerpo entero. No podía evitar el llorar y suplicaba al cielo que pusiese fin a este tormento.

El P. Chaminade no estaba menos afligido que él, y la idea de ver a su Compañía expuesta una vez más «a la criba de Satán»⁴⁸ le llenaba de dolor. Pero su confianza en María no se había quebrado y, penetrando en el sentido profundo de estas pruebas, decía: «Adoro los planes de Dios, y confío en que esta gran perturbación servirá para purificarme y purificar a la Compañía: servirá para hacerla más apta para cumplir los planes de Dios en su institución»⁴⁹. Su confianza se

^j *Todo este asunto está contado con enorme parcialidad y omitiendo los escándalos terribles de la conducta depravada del P. Roussel en el noviciado de Santa Ana, que fueron una de las causas de la oposición del P. Chaminade a la convocatoria de un Capítulo General. Cfr. DA, pp. 43-44.*

⁴⁷ Escribe el P. Caillet al P. Léon Meyer el 31 de agosto de 1844 (*Entresacado de AGMAR 7.2.262*): «Desde febrero la conducta del Buen Padre con sus Asistentes es para mí un misterio...». No puedo explicarlo «más que diciendo que a su edad la memoria le sirve mal y le equivoca a menudo, y su mente debilitada con el cuerpo deja escapar la mayor parte de las ideas para no retener más que algunas a las que se agarra con mayor fuerza por el hecho de que las otras son olvidadas». *El P. Caillet no dice nada de las verdaderas razones que causaban el conflicto entre los Asistentes y el P. Chaminade*. Dice el P. Lalanne: «Sus extraños razonamientos, las distinciones sutiles en las que el P. Chaminade se pierde, las suposiciones que hace gratuitamente, muestran a quien examine este asunto con imparcialidad, una mente debilitada y agobiada con una idea fija» (*Notice historique*, p. 73). *La Gerbe-3*, p. 66.

^k *No es verdad que los Asistentes quisieron presentar su dimisión. A Roussel se la exigió el P. Chaminade por su conducta escandalosa; finalmente no la presentó. A Clouzet se la pidió su Arzobispo, el cardenal Matthieu.*

⁴⁸ Al P. Léon Meyer, 9 de septiembre de 1845. *Carta 1384, Lettres, t. VI, p. 402, cita no textual*. «El espíritu de Satán transformado en espíritu de luz ha obtenido de Dios grandes permisiones: *Inimicitias ponam inter te et mulierem*». (Al mismo, 20 de septiembre de 1844, *Carta 1329, de 19 septiembre de 1844, Lettres, t. VI, p. 132*)

⁴⁹ Al P. Chevaux, 7 de agosto de 1845 (*Carta 1378, Lettres, t. VI, pp 365-366*), y en general todas sus cartas de esta época.

fortalecía incluso a medida que la tempestad se hacía más terrible. Decía entonces⁵⁰: «No crea, querido hijo, que estoy inquieto, solo en medio de las tormentas. La Compañía de María es, sin duda, la obra de Dios para la gloria de María. Sin apoyo humano, esta obra se sostendrá después que haya sido purificada por la tribulación».

Mientras esperaba, encontraba su consuelo en el cuidado de las queridas almas del noviciado. El P. Roussel se retiró a Réalmont en julio de 1844^l, y el P. Chaminade se instaló en Santa Ana en medio de sus hijos. Su edad y sus enfermedades no le permitían bastarse para su tarea e hizo venir a Burdeos al P. Chevaux, sacerdote de gran mérito y, según uno de los novicios, «hombre angélico, cuya virtud superaba todavía su fama».

Se llegó así a finales de julio de 1845, momento en que la curia de Roma se declaró suficientemente informada. En circunstancias análogas, había sido interrogada por los hijos del P. Rauzan y les había aconsejado que mantuviesen la autoridad del anciano y tuviesen paciencia. Pero el P. Rauzan no había presentado su dimisión y sus obras relativamente poco extendidas y poco complejas podían soportar algunos años de languidez en su administración. No sucedía lo mismo con la Compañía de María, que ya contaba con doscientos cincuenta religiosos y treinta y cinco casas y cuyo fundador había realmente dimitido. La diversidad de las situaciones provocó una actitud diferente por parte de la Sagrada Congregación. Ésta respondió que no había lugar a dudas y que debía ser convocado el Capítulo general para la elección de un nuevo Superior^m.

Como era de suponer, el Buen Padre se sometió sin dudar a la voluntad de la santa Sede. Dijo enseguida⁵¹: «Acepto este decreto de la sagrada y tan venerable Congregación, con la misma sumisión que recibiría una orden del mismo Jesucristo». Desgraciadamente, bajo el dominio de una idea que deformaba todo lo que tocaba de cerca o de lejos, atribuyó al decreto un sentido que nadie veía. Para él, este documento significaba que el Capítulo debía ser convocado en el caso que el P. Chaminade hubiese dimitido de todos sus derechos, porque, decía él, «¿cómo admitir que el Santo Padre creyese que yo habría abandonado a mis hijos, como hubiera podido hacerlo un padre desnaturalizado?». En esta frase se reconoce el carácter de su preocupación.

Los arzobispos de Burdeos, Besançon y Albi no pensaron así e invitaron al Consejo a hacer caso omiso, y el Capítulo fue convocado para principios de octubre en Saint-Remy, lugar próximo para la mayoría de las casas. Con el corazón apretado, pero diciendo todos como uno de ellos⁵²: *Roma locuta est*, los directores fueron fieles a la cita, y después de dos días de oraciones y de ayuno, confiaron el poder al P. Caillet, el 8 de octubre de 1845, y le dieron como Asistentes a Chevaux, Fontaine y Clouzet. Conocemos ya al primero, cuya piedad y caridad eran una prenda de paz. El P. Fontaine era el eclesiástico, cuya ordenación al subdiaconado había suscitado tantas objeciones por parte de monseñor de Cheverus en 1832; dirigía desde hacía varios años el internado de Saint-Remy y no iba a tardar en conquistar la estima del episcopado y de toda la Compañía. En cuanto a Clouzet, su mantenimiento en los asuntos temporales era indispensable: su competencia era muy necesaria en un tiempo en que el estado de las finanzas de la Compañía constituía para ella un peligro permanente⁵³.

¿Se olvidaba al P. Chaminade? De ninguna manera. Durante los cinco días que duró la reunión de los capitulares, el pensamiento de éstos iba sin cesar al querido ausente, de quien tanto hubieran querido satisfacer hasta los menores deseos. Hicieron al nuevo Consejo recomendaciones

⁵⁰ A Meyer, 9 de septiembre de 1845. *Carta 1384, Lettres, t. VI, p. 402.*

^l *El P. Roussel huyó de Burdeos el 28 de junio de 1844, principalmente por dos motivos: no podía soportar la presencia del P. Chaminade que suponía un reproche continuo de su conducta inmoral en Santa Ana y porque la revelación de sus desórdenes era para él una amenaza cada vez más peligrosa en Burdeos. Desde Réalmont, podía luchar contra el P. Chaminade a sus anchas. Cfr. DA, p. 53. El Consejo estaba dividido y separado en la distancia, en contra de toda Regla. Cfr. IH, p. 397. El P. Chaminade tuvo que ir a Santa Ana a procurar salvar a los novicios de los destrozos causados por el P. Roussel.*

^m *El decreto romano sólo tiene en cuenta la información totalmente unilateral y parcial que se envió, toda en contra del P. Chaminade. Aun así es condicional y no tan absoluta como parece dar a entender el P. Simler. Cfr. IH, pp. 302-304; también, p. 402-403.*

⁵¹ A monseñor Donnet, 21 de agosto de 1845. *Carta 1381, Lettres, t. VI, p. 374.*

⁵² El P. Rothéa. Su hermano Louis había muerto en 1844. El P. Charles Rothéa vivió hasta 1868.

⁵³ El P. Fontaine y Dominique Clouzet murieron con pocos meses de intervalo en el año 1861, el primero el 3 de junio y el segundo el 27 de febrero.

apremiantes respecto a su Buen Padre. Recomendaciones innecesarias, porque el Consejo estaba tan penetrado como ellos de amor u respeto por él. No quisieron separarse sin firmar un largo y conmovedor mensaje en que le expresaban sus sentimientos de gratitud y de afecto filial. Decían: «La augusta María, que oye nuestros deseos y el grito de nuestra piedad filial, pagará la mayor parte de nuestra deuda. Esperamos que su mano derramará sobre usted el bálsamo que suaviza el dolor y lleva al alma la dicha y la paz».

Estas palabras de consuelo llevaron un momento de calma a esta alma dolorida. Pero las reclamaciones de una inexorable conciencia se hicieron oír de nuevo. Él hubiese querido que no se hubieran hecho las elecciones. En vano el nuevo Consejo, de vuelta en Burdeos, le rodeó de su afecto, en vano monseñor Donnet vino en persona a sentarse a su lado y tranquilizarle, en vano la voz de la Sagrada Congregación se hizo oír por segunda vez para ratificar lo que se había hecho en Saint-Remy. El mal era de orden físico y no de orden moral, y los razonamientos eran impotentes.

La prueba, al prolongarse, se convertía en un suplicio. Sus hijos y sus amigos se las ingeniaban para suavizarle la amargura. Entre estos últimos, nadie igualaba en cariño al piadoso obispo de Saint-Claude, monseñor de Chamon, que, a pesar de sus ochenta años, a pesar de sus enfermedades y trabajos, encontraba tiempo y fuerzas para mantener con su viejo amigo de Burdeos una correspondencia muy activa. Le testimoniaba el más vivo afecto y no descuidaba ningún medio para consolarle. A veces invocaba ese mismo afecto y le decía⁵⁴: «Nadie le quiere, le estima y le venera más que yo, incluso me atrevo a decir que difícilmente tanto como yo; ¡si estuviera en mi poder aligerar su desgarradora situación, tan penosa para mí, tan dolorosa para mi corazón y para el de sus numerosos hijos!». Otras veces le recordaba el premio de tantos sufrimientos: «Su fe viva me tranquiliza, su confianza en la poderosa protección de María, su piadosa resignación, su sumisión completa y perfecta a la santa voluntad de Dios me dan la esperanza fundada de que sufrirá, incluso con gozo y satisfacción, con inmensas ventajas en el tiempo y en la eternidad, las duras pruebas por las que el Señor quiere hacerle pasar desde hace algunos años en esta tierra de nuestra peregrinación. *Per multas tribulationes oportet nos intrare in regnum Dei*». Otras veces le decía que acababa de ordenar oraciones especiales por él en las casas de la Compañía y del Instituto que se encontraban en su diócesis. Las había enriquecido con cuarenta días de indulgencia y especificaba las intenciones siguientes⁵⁵: «La primera es pedir al Señor, por la poderosa mediación de María, las luces del Espíritu Santo que usted necesita hoy para actuar conforme a la voluntad de Dios; la segunda, la paciencia, el valor, las fuerzas físicas y morales que le son indispensables en la situación penosa y desgarradora para su corazón paternal, en que está; la tercera y última, la prosperidad creciente de la Compañía cuyo digno fundador es usted, prosperidad que le es tan querida a usted, venerable Padre, que ha consagrado su vida entera a propagar con todos sus esfuerzos y medios posibles la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, al santo e inmaculado Corazón de María, su santa Madre, de todos nosotros, tan buena y misericordiosa para cada uno de nosotros»⁵⁶.

Era asombroso que la Compañía de María se mantuviese en medio de esta prueba y todos veían en ello una protección visible de los alto. Decía el P. Léon Meyer⁵⁷: «Repito gustosamente con el P. Bardenet que si la Compañía de María no fuese obra de Dios, hacía tiempo que ya no existiría». El propio fundador hablaba de su obra al Nuncio en los términos siguientes⁵⁸: «Dios, en sus planes de misericordia, ha querido la fundación de la Compañía de María; pero esta Compañía

⁵⁴ 5 de noviembre de 1845. *AGMAR 7.7.124*.

⁵⁵ 22 de diciembre de 1845. *AGMAR 7.7.178 (2ª parte)*.

⁵⁶ Añadía: «En correspondencia a estas oraciones y a las que dirijo todos los días por usted al Dios de todo consuelo, permítame, querido Padre, suplicarle que me ayude con el poderoso auxilio de las suyas a preparar tan dignamente como me sea posible la cuenta severa y temible que tendré que dar al soberano Juez, más o menos próximamente, de setenta y nueve años pasados en este valle de lágrimas, de cincuenta y cinco cumplidos de sacerdocio, de los cuales veintitrés de episcopado, carga tan fuerte, tan pesada, tan abrumadora en todos los tiempos, pero que lo es más todavía en los malos días en que vivimos». El santo obispo murió el 28 de mayo de 1851, un año después del P. Chaminade.

⁵⁷ Al P. Caillet, 2 de noviembre de 1845. *AGMAR 7.7.121*.

⁵⁸ 12 de febrero de 1846. *Carta 1442, Lettres, t. VII, p. 37*. Si el P. Simler hubiera citado toda esta carta, entraría en contradicción flagrante con lo que acaba de decir algo más arriba que "el consejo rodeó al P. Chaminade con su afecto". La realidad es que lo trató muy mal.

no alcanzará los planes de Dios en su institución más que cuando haya sido cribada». Lo era en efecto y las bendiciones de Dios parecían crecer en proporción a sus obras. En todas partes, en el Midi, en Alsacia, en el Franco Condado, en Suiza, crecía notablemente y se veía llamada con nueva insistencia a países extranjeros, sobre todo Estados Unidos. Dentro la crisis provocó un redoblamiento del fervor. Se oraba con perseverancia y había un esfuerzo por mostrar una mayor fidelidad a los deberes de la vida religiosa para merecer el final de esta temible crisis.

El P. Chaminade no oraba menos que sus hijos. En octubre de 1845 volvió a su pequeño apartamento de la calle Lalande⁵⁹, que no dejó hasta su muerte, y su dicha era bajar a la iglesia de la Madeleine, pasar largas horas ante el santísimo Sacramento, desahogar sus penas y tristezas en el altar de la Virgen Inmaculada⁶⁰ donde decía su misa y desgranar el rosario pronunciando el *Ave María* a media voz y con un acento de devoción y de confianza conmovedores. Cuando volvía a su habitación, continuaba su oración en forma de piadosas consideraciones sobre María que dictaba a su secretario. Su tema preferido era un proyecto de devoción a Nuestra Señora de las Lágrimas, muy acorde con las circunstancias en medio de tantas amarguras.

Sostenía así su ánimo y mantenía esta confianza en María que no le había abandonado nunca. Cuando llegaba una de sus fiestas, su corazón desbordaba de esperanza. En la fiesta del santo Nombre de María del año 1846, dirigió una petición a monseñor Donnet⁶¹, y la apoyaba en el «nombre de la augusta María, cuya fiesta celebra hoy la Iglesia» y añadía: «No hago valer ante Su Ilustrísima ninguno de los poderosos motivos que creo tener..., para dejar al santo Nombre de María la gloria de terminar este asunto. Es lo que esta mañana, al levantarme, se ha dignado inspirarme el Espíritu del Señor». Y añadía hablando de sus obras: «Espero que la Compañía, siempre gloriosa de llevar el santo Nombre de María, tomará de nuevo una marcha firme y sólida para conseguir los fines de su institución originariamente divina». Finalmente, en esta misma carta, recordaba la enfermedad con la que el arzobispo acababa de ser probado y decía: «Me intereso mucho, monseñor, por su indisposición: no sé si el P. Chevaux habrá tenido la amabilidad de decir a Su Ilustrísima que yo cumpliría gustosamente una promesa que usted haga a Nuestra Señora de Verdélais por su curación. Hace mucho tiempo que tengo la intención de ir, cuando el asunto actual haya terminado, a dar gracias a Verdélais y ofrecer a la iglesia un presente, según mis fuerzas».

Andaba todavía con bastante facilidad y los domingos y los jueves le gustaba ir a Santa Ana. Sus hijos se agolpaban en torno a él y procuraban hacerle olvidar sus males. Sobre todo durante las vacaciones, cuando todos los religiosos de la provincia estaban reunidos, se sentía revivir en ellos y se complacía en hablarles, con su voz grave y lenta. Sus conferencias estaban impregnadas de una energía extraña a su edad. A veces tocaba las delicadas cuestiones de su dimisión y entonces su voz reflejaba la dolorosa lucha que sostenía en el fondo de sí mismo entre las exigencias de una conciencia implacable y el deseo de estar de acuerdo con sus hijos queridos. Lo más a menudo la fe y la inmoción de sí mismo eran los temas de sus charlas y nunca dejaba de expresar su confianza ilimitada en Aquella que ha triunfado sobre el infierno. Vibraba con el canto del *Magnificat* y, dejando la capilla, se hacía llevar al pie de la estatua de María Inmaculada que se erigía al fondo de la gran alameda de tilos. Allí, llevando su mano temblorosa al pie de la Virgen y a la cabeza de la serpiente, acompañaba este acto con un gesto enérgico que un día traducía así: «A pesar de todo, ella te ha aplastado la cabeza y te la aplastará siempre».

Sin embargo, los años siguientes fueron muy tristes para el venerable anciano perseguido por su idea. Lo fueron más todavía, si es posible, para la nueva Administración. Algunas de las principales propiedades de la Compañía, como la Madeleine, el hotel de la calle Mirail, etc., reposaban sobre la cabeza del P. Chaminade y no era prudente a que su testamento lo transmitiese a la Compañía de María, porque jueces hostiles a la religión podrían concederlos a sus herederos naturales: el hecho no era inusitado. La presencia junto al fundador de un secretario especial y enfermo de escrúpulos⁶², complicaba todavía más la dificultad. El episcopado intervino de nuevo,

⁵⁹ En el nº 2 de entonces, nº 4 actual.

⁶⁰ El altar de la derecha.

⁶¹ 13 de septiembre de 1846. *Carta 1462, Lettres, t. VII, p. 152. El P. Simler entresaca frases y no habla del contenido de esta carta, por ejemplo, que revela las tensas y nada afectuosas relaciones que mantenía el P. Caillet con el P. Chaminade.*

⁶² Era un tal Paul Bonnefous, que no se había querido recibir en la Compañía. No carecía de piedad y, tras

sobre todo el bueno y siempre fiel obispo de Saint-Claude. Estos esfuerzos fueron estériles y se pidió al anciano que designase una persona de su confianza para establecer cuáles de esos bienes pertenecían a la Compañía. De ese modo se pudo entrar, antes de que él muriese, en posesión de los inmuebles indispensables para sus obras⁶³.

Pero esta división de bienes, realizada por uno de los párrocos de Burdeos⁶⁴, traspasó más que ningún otro acto el corazón del padre y de los hijos: se parecía demasiado a una separación, que sin embargo no estaba en el pensamiento de nadie. Efectivamente, a pesar de los conflictos de una parte y otra por deber de conciencia, se vivía en una armonía sorprendente y en una confianza recíproca más sorprendente todavía, como si se pusiesen hacer dos partes de sí mismo, reservando una al objeto del litigio y conservando la otra en el ámbito de un afecto no alterado. Habitaban bajo el mismo techo. Religiosos prodigaban al anciano todos los cuidados que su edad y sus enfermedades crecientes hacían indispensables. El P. Caillet buscaba siempre lo que podía agrardarle o aliviarle. A finales de 1846, como la vista del anciano se apagaba cada día más, obtuvo la facultad de decir la misa *de Beata* y de reemplazar el Breviario por la recitación de Completas y del rosario. Cuando, dos años después, el fundador no pudo ya celebrar, el P. Caillet le daba todos los días la santa Comunión.

Se llegó así a finales del año 1849. El P. Chaminade había visto desaparecer uno detrás de otro a todos sus antiguos amigos y colaboradores. El P. Bouet había sucumbido el 25 de mayo de 1848; David Monier había muerto el último junto a él el 16 de enero de 1849. Dios le imponía todos los sacrificios sin otra compensación que la de satisfacer hasta el final a las exigencias de su conciencia. Hasta el final siguió fiel a sí mismo y no se desmintió ni un instante. Si, en los últimos meses de su existencia, hizo con sus hijos nuevos intentos y en términos conmovedores para arreglarse con ellos, era siempre reservando los derechos imprescriptibles de su conciencia. ¡Qué felices hubieran sido sus hijos si hubiesen podido acceder a todas sus peticiones! Al menos le testimoniaron la condescendencia y el afecto filial más completo y trataron una vez más de poner de acuerdo sus deberes con las ideas de su Buen Padre. Creyeron encontrar un modo de arreglo cuando llegó el fin.

El año 1850, en que el fundador iba a cumplir los ochenta y nueve años, acababa de comenzar. El 6 de enero, un domingo por la tarde, se manifestó el signo precursor del fatal desenlace: un ataque de apoplejía paralizó todo el lado derecho del anciano y le quitó el habla, manteniendo el pleno conocimiento. La emoción fue profunda entre sus hijos. Rodearon a su padre y comprendiendo claramente por sus gestos lo vivo que era su deseo de ver realizado lo más pronto posible el arreglo proyectado, se prestaron a ello gustosamente. Al día siguiente, el peligro parecía inminente y el P. Collineau, que acudió también junto a su antiguo y siempre venerado maestro, reivindicó el honor la administrarle la Extrema Unción. La contracción de su garganta no permitió darle el santo Viático. Se esperaba de un momento a otro verle dar el último suspiro, cuando su estado mejoró ligeramente. Su vida se prolongó todavía durante quince días. Su garganta se soltó insensiblemente, sin que le volviera el uso de la palabra, y pudo recibir la santa Comunión después de la cual suspiraba. El P. Caillet le dio por segunda vez el viático, cuando se perdió la esperanza de salvarlo. Todos los que le habían conocido y querido venían a edificarse a su lecho de dolor y a recibir de él la última bendición. El arzobispo no fue de los últimos en estar junto al enfermo y salió muy conmovido por las piadosas disposiciones del moribundo⁶⁵.

la muerte del P. Chaminade, fundó en su país de origen, en Réquista (Aveyron), una Congregación de Hermanos de la Compasión. Hay que decir que fue casi el único miembro.

⁶³ En cuanto a los bienes que fueron asignados al P. Chaminade, fueron legados por él no a su familia, que él excluyó expresamente de su testamento, sino a los hospicios de Burdeos. Fueron disputados a estos últimos por los herederos naturales, que justificaron así los celos de los Superiores de la Compañía.

⁶⁴ El canónigo Duloirier, párroco de Notre-Dame. *El P. Simler despacha con mucha prisa un asunto muy delicado que abrió mucho más la brecha entre el fundador y sus Asistentes, que no "vivían en armonía sorprendente", y el canónigo Duloirier terminó dando plenamente la razón al P. Chaminade. Cfr. IH, pp. 328-337; DA, pp 130-141.*

⁶⁵ Todos estos detalles están sacados de las cartas del P. Chevaux al P. Meyer (entonces en América), fechadas el 19 de enero (AGMAR 8.7.216) y el 21 de marzo de 1850 (Carta inexistente), y de los recuerdos del P. Demangeon (AGMAR 8.7.209 y AGMAR 17.6.222-255; pero los recuerdos del P. Demangeon están muy influenciados por Caillet y Chevaux) y del P. Ramey (AGMAR 17.4.202), presentes en Burdeos en el

Poco a poco la vida se iba. Las sangrías no hacían más que disminuir las fuerzas del enfermo sin devolverle el uso de los miembros. Su pulso se debilitaba y los signos se hacían más raros. Pero conservaba el uso de sus facultades, de que gozó hasta el momento de su muerte. Sus Asistentes no se alejaban de su cabecera. La agonía comenzó el martes 22 de enero, hacia las tres de la tarde. Cuenta el P. Caillet⁶⁶: «Sintiendo que se acercaba su fin, tomó su crucifijo con una mano desfallecida y lo llevó respetuosamente a sus labios. Quiso renovar este acto de fe y de piedad, pero su mano moribunda cayó sobre su pecho, contra el que tuvo apretado el crucifijo hasta el momento en que entregó su alma a su Creador». El P. Caillet acababa en este momento las oraciones de los agonizantes, rodeado de un gran número de religiosos llorando. Eran alrededor de las cuatro de la tarde.

Así fue el final de este hombre, sencillo como sencilla había sido su vida entera.

Los fieles se agolparon al día siguiente ante sus restos mortales expuestos en esta iglesia de la Madeleine que durante casi cincuenta años había sido testigo de su infatigable apostolado. Hacían tocar objetos a sus restos venerados, se disputaban todo lo que le pertenecía, y se consideraban afortunados los que conseguían un mechón de sus cabellos.

Sus funerales se celebraron solemnemente, según el rito utilizado para los canónigos, el jueves 24 de enero. Fueron precedidos de una celebración en la Madeleine. Después el cuerpo fue trasladado a la catedral Saint-André, donde tuvo lugar la celebración principal. La afluencia fue grande y se notó principalmente la presencia de las obras bordelesas y de las órdenes religiosas, que, por diversos motivos, le debían todas ellas algún servicio. El cuerpo fue llevado al cementerio de la Chartreuse y fue enterrado en el panteón de los sacerdotes.

Una vez que se dedicaron estos últimos honores al difunto, todo volvió al silencio: ni un artículo necrológico en los periódicos, ni un discurso fúnebre mientras que en Burdeos tantos sacerdotes de su tiempo habían gozado de este honor⁶⁷. El oscurecimiento en el que el P. Chaminade se había complacido durante su vida, le seguía después de su muerte, y habría razón para extrañarse de este fenómeno si no se tuvieran en cuenta las causas que lo produjeron.

Efectivamente, a pesar de los testimonios de respeto que se dieron en torno a sus restos mortales, la opinión de la masa quedaba indiferente o más bien ignorante en Burdeos. Desde hacía casi veinte años la actividad personal del P. Chaminade en la ciudad había desaparecido. Las nuevas generaciones habían crecido sin conocerle y su nombre no evocaba más que la idea vaga de un hombre respetable «que había fundado mucho»⁶⁸.

La Compañía de María, a quien parecía corresponder la iniciativa de los honores a dedicar a la memoria de su fundador, se encerró también en el silencio. El duelo sin embargo era profundo. Todos sus hijos decían y sentían dentro de su corazón lo que expresaba la Madre San Vicente⁶⁹: «Le confieso ingenuamente que he sentido vivamente que me habían arrebatado a mi padre». Pero aparte de dos circulares emotivas del Superior general, P. Caillet, en que se describía a grandes rasgos la vida del fundador⁷⁰, se permaneció mudo para dejar al tiempo el cuidado de apaciguar los dolores provocados por la prueba de los últimos años. La unión tan recomendada por el fundador exigía este sacrificio, y así hasta después de su muerte, él subordinaba en cierto modo sus intereses personales a los de sus obras.

Sin embargo, ¿debía quedar olvidado? ¿Debía ser ante la posteridad víctima de una prueba por la que había sufrido más que nadie en el mundo y que había sido como la última muestra de la benevolencia de Dios para con él? La Providencia parece haber respondido a estas preguntas.

Mientras que en la Compañía de María el recuerdo venerado del fundador era cuidadosamente mantenido, pero conservado en cierta manera en la intimidad de la familia, personas ajenas tomaron la iniciativa de sacar su memoria del olvido aparente a que estaba

momento de la muerte del fundador.

⁶⁶ Circular del 13 de febrero de 1850. *“Extraits du Recueil des Circulaires du R.P. Chaminade, fondateur et premier Supérieur Général de la Société de Marie, et du R.P. Caillet, second Supérieur Général” Lons-le-Saunier, Imprimerie et Lithographie de Gautier Frères, 1863, p. 140.*

⁶⁷ El mismo silencio en Périgueux, su lugar de origen.

⁶⁸ Testimonio del R.P. Ayrolles, S.J.

⁶⁹ Carta del 25 de enero de 1850 al P. Chevaux. *AGMAR 8.7.213.*

⁷⁰ Circulares del 22 de enero y 13 de febrero de 1850. *Obra citada en la nota 40, pp. 134-142.*

relegada. En 1871, el P. Estignard⁷¹, antiguo discípulo del P. Chaminade, que no había podido quedar en la Compañía, pero que había dedicado al fundador este culto de veneración que no podía evitar cualquiera que le hubiese conocido íntimamente, tuvo la idea de consagrar una parte de su fortuna a levantarle en el cementerio de la Chartreuse un monumento digno de él. Ejecutó su plan e hizo un mausoleo muy notable, dominado por la estatua de la Virgen Inmaculada, de Aquella que había dirigido toda la vida y todas las obras del fundador⁷². Los restos del P. Chaminade fueron trasladados aquí el 14 de noviembre de 1871, en presencia del donante, del representante del Superior general y algunos religiosos de la Compañía de María.

Pronto, sin que se pueda decir cómo⁷³, el pueblo aprendió el camino de esta tumba, vino prosternarse, depositar flores, orar y pedir gracias que se dice que son escuchadas a menudo. No nos pertenece apreciar la naturaleza y el alcance de esta concurrencia. Constatamos solamente el hecho extraño de que el mayor número de los que van ignoran la vida y las obras de aquel cuya tumba frecuentan. No le conocen más que como un hombre de Diosⁿ.

Fin del Volumen II

⁷¹ Antiguo párroco e la diócesis de Besançon, muerto en Burdeos en 1878.

⁷² Las inscripciones que recubren el mausoleo son poco exactas y reflejan el estado de espíritu muy original del P. Estignard. Además del retrato del P. Chaminade, esta tumba lleva los de David Monier, del P. Lalanne y del propio P. Estignard, que se hizo enterrar junto al fundador.

⁷³ El Superior general dio orden a sus religiosos de abstenerse de todo lo que podría provocar o animar a este tipo de manifestaciones.

ⁿ *El P. Fredegando Callaey, capuchino, consultor de la Sagrada Congregación de Ritos, tuvo que hacer un estudio crítico de los últimos años del P. Chaminade, después de estudiar toda la documentación disponible. Hace un relato muy distinto de estos dos últimos capítulos del P. Simler: condena de forma contundente a los Asistentes, critica las intromisiones anticánónicas de algún miembro de la Jerarquía francesa y la parcialidad del mismo nuncio, y aprueba, con un equilibrio profundamente humano y religioso, la heroica conducta del P. Chaminade. Este estudio fue decisivo para el feliz éxito de la causa de beatificación. Se puede leer en italiano en IH, pp389-424.*